

Alberto
JIMÉNEZ
URE



ABERRACIONES

(Novela, versión revisada)

ALEPH universitaria

2016



[https://es.wikipedia.org/wiki/Alberto Jiménez Ure](https://es.wikipedia.org/wiki/Alberto_Jiménez_Ure)

[https://es.wiki2.org/wiki/Alberto Jiménez Ure](https://es.wiki2.org/wiki/Alberto_Jiménez_Ure)

[http://www.wikiwand.com/es/Alberto Jim%C3%A9nez Ure?in iframe=1](http://www.wikiwand.com/es/Alberto_Jim%C3%A9nez_Ure?in_iframe=1)

[es.markwiki.org/wiki/Alberto Jiménez_Ure](es.markwiki.org/wiki/Alberto_Jiménez_Ure)

<https://plus.google.com/+AlbertoJIM%C3%89NEZUR>
[Escritor/posts](#)

<https://es-la.facebook.com/jimenezure>

<https://twitter.com/jurescritor>

Alberto
JIMÉNEZ
URE

ABERRACIONES
(Novela)

ALEPH *universitaria*
2016



Portada de la II Edición

[I]

Federico Flavios [bigotes en semicírculo, nariz perfilada, cara alargada y tez ocre] desajustó la correa que sostenía su pantalón de lino, se sacó el pene y lo acercó a la boca de su arrodillada hija. **Priscila**, de sólo quince años, permanecía extática. Los redondos e hinchados ojos de su padre, propensos a la conjuntivitis, parecían las ventosas de un gusano sobre el cuerpo blanco, terso y bienformado de la chica. La neblina se filtraba por las ventanas cuando él, jadeante, tomó la mano derecha de ella y la condujo, suave, hasta el tronco color amarillento que pendía entre sus piernas. Perturbada, **Priscila** no opuso resistencia ante el mandato y succionó.

Presa del estupor y después de varios segundos, la joven chupó con mayor efusión y **Federico** eyaculó. Cual si desearan perpetuar el placer, los jugosos labios de **Priscila**

trabajaban sin descanso mientras que su lengua saboreaba la última gota de espermatozoides. Por un instante, volvió a su remota infancia: **Ninoska**, su madre, se apretaba con los dedos los senos para procurarle más leche.

Proveniente del garaje, un ruido lo interrumpió. **Federico** supuso que **Ninoska** había llegado. Empujó a su hija y se subió el humedecido pantalón. **Priscila**, vestida con su uniforme escolar, huyó a su alcoba.

La puerta que comunicaba al estacionamiento con la sala se abrió y **Ninoska**, oculta en un traje azul bordado, surgió. Un ajustadísimo cinturón de piel [negra] exageraba su envidiable figura. Su mano izquierda portaba un pequeño maletín forjado en *cuero de chivo*.

-¿Cómo van tus asuntos en *La Capital*? – malhumorada, inquirió la mujer a su esposo–. ¿Acabas de llegar?

-Hace una hora –parco, respondió **Flavios**–. Todo está perfectamente...

Camino a su dormitorio, **Ninoska** se detuvo frente al retrato del General **Temístocles Flavios**. Colgaba en el corredor que enlazaba las habitáculos. En tono irónico, leyó la historia impresa en la parte inferior del barroco marco: «*Este óleo del excelentísimo General Flavios, ex-gobernador de Meseta Alta, segunda ciudad de la República de Pathos, fue pintado por **Josúa Fisgón** durante el año 1888. Derrocado y asesinado por **El Bribón** en 1890, los restos de Temístocles fueron llevados al Panteón Nacional donde actualmente yacen*»

Con sorna, **Federico Flavios** la escrutaba. Empero, sin dar un paso más, ella volteó y sus ojos mostraron asco por el hombrecillo de reptil hocico que los registros civiles denominaban su cónyuge.

-¿Por qué me miras de ese modo? -molesto, indagó **Federico**.

Ninoska –de sólo 42 años, piel rojiza, ojos azules, cabellos rubios y ademanes exquisitos– lo ignoró y prosiguió hacia su habitación. Furibundo, **Flavios** la vio alejarse. El frío hostigaba y el sol apenas salía.

Rumbo a su cubículo, la señora **Ninoska Verdugos** pasó por la alcoba de **Priscila** y escuchó «quejidos». Se preocupó: pero, sin embargo, se abstuvo de averiguar la causa de tales. Luego le hablaría. **Federico** se levantó del sofá e igual fue a su recámara.

[II]

Un poco alejada del resto, *La Cimarrona* se erigía al centro de cuatro pinos. Detrás, una montaña de cincuenta metros amenazaba con sus frecuentes deslizamientos de rocas. La construcción era de estilo colonial. Edificada durante el mandato del General **Temístocles Flavios**, quien tuvo cuatro vástagos, se mantenía formidablemente intacta. Sus descendientes, venidos en partos de distintas amantes, eran casi todos varones. **Albis**, la excepción, fue, simultáneamente, abuela y madre de **Federico**. Polígama, incestuosa, malvestida y alcohólica, trajo al mundo al único escritor en la historia de la familia: según los majaderos de cafetín, es decir, a juicio de los académicos y críticos oficialistas, al desquiciado **Federico Flavios**.

Seis recámaras, cada una de las cuales poseía un retrato del general, conformaban *La Cimarrona*. En la sala, simétricamente, dos

mesas cubiertas con espadas daban un aspecto de museo de antigüedades a la residencia. Había un sofá de vidrio junto a cada mesa. Al fondo, ulterior al pasillo, un bar se entreveía. El mobiliario del patio trasero estaba compuesto por cuatro sillas y un telescopio. Una tupida vegetación —enredada en los ramajes de un bucare— servía de techado natural al traspatio. Gatos y pájaros con dentaduras postizas solían corretear a los perros realengos que, hambrientos, husmeaban por las noches.

Por dos razones, *La Cimarrona* despertaba la curiosidad de los lugareños y turistas: fue la casa del decimonónico gobernador **Temístocles** y era habitada por **Federico Flavios**, autor de la famosa novela *La Logia*. Esa historia denunciaba cómo tres hombres se dedicaban a violar y matar a menores de edad mientras filmaban las escenas. Secretamente, vendían las cintas a los numerosos fanáticos de una secta poderosa.

Flavios nunca permitió que los periodistas ni sus editores o amigos lo visitaran en *La Cimarrona*. Sólo aceptaba que lo llamaran al *audiofonovocal* móvil. Se reunía con ellos en bibliotecas públicas, librerías, parques o restaurantes. Esporádicamente, viajaba a *Roma, París, Madrid, Londres, New York y Provincia de Palmas* Jamás. dictaba conferencias y sus opiniones literarias o políticas suscitaban insólitas polémicas. Por haber publicado *La Logia*, fue procesado en un tribunal y perseguido por sus colegas.

Tras esa púdica existencia, excesivamente calculada en los asuntos sociales, sin los aspavientos comunes a la mayoría de los intelectuales, **Federico** guardaba cuanto los menos escrupulosos purgaban en abierta penitencia: una patología inimaginable, la tesis de quien no conoce demarcaciones morales. Pero: ¿No es –también– deshonesto el apacible por cuya causa el perverso incuba o materializa sus ideas? - Así, **Priscila**, cómplice y sumisa a los requerimientos de su

padre y **Ninoska**, una madre malhumorada y excelsa para el ocio y la ineptitud, fungían de protagonistas en este exaltado hospicio.

El alba sobrevino. E inmenso, el sol envió rayos que atravesaron la ventana y **Priscila** abrió sus ojos. Había dormido desnuda, con las piernas explayadas, y ahora su perro, un pequinés de rostro largo como los *carajos* de la costa, le lamía la vagina: habilidad y costumbre que durante siglos ha unido a los irracionales con los humanos. Y, la chica, con expresiones de dicha que surcaban su hermosísimo cutis, emitía inconfusos chillidos: «*Más, quiero más, mi perrito lindo*» –suplicaba–. Afuera, en bata de baño y cabizbaja, **Ninoska** golpeaba la puerta:

-¡Despierta, hija! –con voz de matrona, exclamó–. Abre: necesito hablarte ...

En ese momento, **Priscila** precipitó su orgasmo. Abofeteó a **Bobo** y se puso de pie.

Introdujo sus dedos por entre sus cabellos, se cubrió con una toalla y abrió:

-Buenos días, mamá –murmuró—. ¿Qué ocurre?

La señora **Verdugos de Flavios**, desteñida, con un cigarrillo encendido y una taza de café, entró. Miró a **Bobo**, el perrito que, asustado, pretendía esconderse bajo las sábanas.

-No es conveniente que duermas con él – señalándolo, articuló **Ninoska** y bebió un sorbo del estimulante—. Podría transmitirte sus enfermedades.

-No me pidas tanto, por favor –en tono de niña mimada, rogó la muchacha.

Verdugos, sin dejar de curiosear, aparcó en uno de los ángulos de la cama. De reojo, **Priscila** la examinaba. Minutos más tarde, en silencio, colocó su cabeza encima de los muslos de **Ninoska**.

-¿Aún tienes sueño? –investigó la madre. –
No, no, claro que no –dijo la chica–. Estoy
deprimida ...

-¿Por qué?

-No tengo respuesta.

-Vaya, ¿no tienes respuesta?

-No, no, claro que no, mamá.

Callaron. **Ninoska** aspiró el humo del
cigarrillo y acarició la cabeza de su hija. La
mocosuela se incorporó de nuevo y confesó:

-Leí la novela de papá...

-¿Leíste *La Logia*?

Otra vez, callaron. **Ninoska** tiró la colilla a
través del ventanal.

-Mamá –prosiguió **Priscila**–. ¿Puedo
formularle una capciosa pregunta?

-Explícate –enunció su progenitora.

-¿Duermes con mi padre?

-No tenemos *relaciones sexuales*.

-¿Por cual causa?

-¿Dejarías de dormir con **Bobo**?

-No, no, claro que no. Pero, ¿por qué evades mi pregunta con otra absurda?

-No eludo. Piensa: ¿Sacarías a tu perro de tu cama?

Sin pronunciar más palabras, **Ninoska** salió de la habitación y ejecutó pasos hacia la cocina. Estaba ansiosa por beber más café. Allá se topó con **Rosana**, la madrugadora sirvienta. Era una mujer de mediana edad, extremadamente eficiente y fiel a la familia. Preparaba las comidas, limpiaba *La Cimarrona* y lavaba la ropa.



De Francesco FURINI

[III]

Federico recibió un telegrama urgente de uno de sus editores. Fue **Luis Montalva** el autor del *ultimátum* postal: o le entregaba los originales de su reciente e inédita novela o le iniciaba una querrela judicial por incumplimiento. En pie de lo cual, tuvo el escritor que partir hacia una playa en busca de sosiego para revisar y culminar la ya negociada narración. Sin notificar a su familia, abordó su máquina de rodamiento y recorrió doscientos kilómetros hasta *Provincia de Palmas*: en cuyas playas le placía corregir sus manuscritos.

El sol, que implacable castigaba a los bañistas, semejaba una gran llama entre las exiguas nubes. **Flavios**, obviamente distraído, disminuyó la velocidad de su automóvil y encaró a los vigías del conjunto residencial:

-Buenos días, señor –dobló la cerviz uno de los guardabienes–. Pase Ud. y disfrute de su asueto...

Mecánicamente, levantaron el obstáculo y **Federico** aceleró. Antes de llegar a su chalet, transitó por las ocho calles de la urbanización. Al fin, metió su vehículo [un *Lantigua* de invariable modelo] en el estacionamiento.

Cuando **Flavios** subía a la segunda planta por la escalera externa -de emergencia- los cangrejos salieron de sus escondrijos y lo observaron. La mayoría lucía dos colores: azul y rojo. Con sus tenazas levantadas, lo siguieron. En el follaje de las plántulas de cambur, también las iguanas lo escrutaban.

Al entrar a la casa, de inmediato advirtió los estragos del salitre en algunos utensilios domésticos. Hizo un inventario de objetos por reparar, sustituir. Afortunadamente, la residencia había sido construida con madera de roble a la cual mantuvieron sumergida en aceite de coco: de esa forma tratada, aumentaba su resistencia. Forjadas en bronce, las ventanas eran amplísimas. Cada una tenía

una resistente malla [de acero inoxidable] que impedía el libre acceso de los *literatófagos* voladores y los zancudos.

Súbitamente, los cangrejos ascendieron mediante la escalera e irascibles intentaron destrozar la puerta y las mallas. Estupefacto, **Federico** se vio en la premura de hervir agua. Minutos después, les echó el burbujeante líquido. Aturdidas, las monstruosas criaturas caían al piso.

Para calmarse, el escritor agarró el *audiofonovocal* y marcó el número del diario *La Capital* que dirigía uno de sus mejores amigos. Le contestó una de las secretarias. Le pidió que lo comunicara con **Tomás Bioy Cepeda**:

-Soy **Federico Flavios** –se identificó–. Columnista del periódico y amigo íntimo del Director. Por favor, dígame que estoy al teléfono...

La chica consultó. Reapareció en la corriente telefónica y le habló con petulancia:

-Nuestro director asegura que no conoce a **Federico Flavios**. Además, en este diario no escribe alguien con tan fatuo apellido...

-Pero, señorita, es absurdo cuanto me dice – replicó, indignado, el novelista–. Oiga, yo...

La empleada cortó la comunicación. La furia invadió el cerebro de **Flavios** que, casi enceguecido, marcó el número telefónico de **Luis Montalva**.

-Hola, hola, ¿quién me llama?–interrogó el editor en su cuchitril.

-Soy **Federico Flavios**–apesadumbrado, repuso–. Necesito contarte algo.

-Perdone Ud., Señor: no lo conozco y estoy muy ocupado.

Sin permitir más diálogo, **Montalva** colgó el *audiofonovocal*. Exasperado, **Federico** pateó la mesa del teléfono. Caminaba de un sitio a

otro y bufaba. Se desplomó en el piso. De improviso, tocaron el timbre. Bruscamente, abre la puerta y ve a uno de los gendarmes privados en el umbral:

-¿Qué sucede? – investigó.

-¿Tiene Ud. autorización para ocupar esta casa, señor? –emplazó el vigilante.

-¿Estás loco o eres un estúpido?

-Esta casa no le pertenece –con severidad en su rostro, recusó el guardabienes–. Por escrito u oralmente, no he recibido información respecto a su visita.

Afuera, los rayos del sol hacían brillar las gotitas de agua hirviente todavía encima de los caparazones de los cangrejos. El salitre cubría el parabrisas del automóvil y –ceremoniosas– las iguanas paseaban sobre la muerte.



De Pierre BONNAUD

[IV]

En *Meseta Alta*, **Priscila** esperaba turno en el consultorio del ginecólogo y obstetra **Esequiel La Papo**. Preocupada por los repentinos vómitos y desapetito de su hija, **Ninoska** la obligó venir.

-Déjame en paz –departía la moza. Ya pasará mi náusea...

-¿Perderías algo en una auscultación?–
contradijo **Ninoska**.

Hacía frío. Nevaba en los picos más elevados, el reloj anunciaba las diez horas del día y los pacientes titiritaban. La secretaria llamó a la señora **Verdugos** y le susurró al oído: «Pase Ud. con la chica, doctora»

Durante treinta minutos, **La Papo** auscultó a **Priscila**. Abrumada por su ya obvia sospecha, **Ninoska** perseguía los ojos de **Esequiel**. Finalmente, su amigo se recostó en un sillón y –circunspecto– dictaminó:

-Lo lamento, **Ninoska**: tu hija está embarazada...

Indiferente, **Priscila** miró al médico. **Ninoska** apretaba sus esfínteres y sudaba trocitos de hielo. **La Papo** plasmó sus indicaciones en un papelito que le extendió a **Verdugos**.

-Será conveniente que ella acate mis consejos -rompió el silencio **Esequiel**-. Es muy joven y puede ser imprudente.

-Gracias por tu ayuda -se esforzó en sonreír la Señora de **Flavios**-. Marchamos. Adiós.

El retorno a *La Cimarrona* fue tenso. **Ninoska** conducía un *Lantigua* de montaña color verde oscuro. Fumaba. Sin preámbulos, violó la tregua con una interrogante inaplazable:

-¿Quién es el padre de tu hijo?

-No lo diré -explícita, respondió **Priscila**.

-Es menester que yo lo sepa.

-¿Por qué?

-Tengo un horrible presagio...

-No seas tonta, mamá. Lo importante es determinar si lo dejo vivir...

-*Opino que debes eliminarlo.*

Priscila recordó una noche cuando **Federico**, agobiado por la ansiedad, irrumpió en su habitación:

[Entra oculto en una bata de baño estampada con figuras de hojarasca. Un bulto levanta la tela a nivel de la cintura. Es un miembro grueso: prepucio áspero y bálano puntiagudo. Los testículos: desproporcionadamente grandes.

Acostada sobre un magnífico colchón de goma espuma, ella devela su cuerpo que, bajo la cobija de seda, resguarda su virginidad. **Flavios** muerde sus redondos y paraditos senos. Tierno, el hocico reptil del hombre lame y chupa una vagina de anaranjados labios vulvares y tupido *Monte de Venus*. No

hay agitación. Federico le unta una crema spermaticida. Segundos después, sin violencia y tiernamente, la *desflora*. Temerosa, la chica se da la tarea de quitarse los residuos de semen y de lubricante artificial visibles en la cobija]

Los movimientos del intelectual fueron casi imperceptibles: quiso disfrutarla plena y lentamente. **Priscila**, supraexcitada, *lloró un llanto de placer infinito*. Sus uñas se encarnaron en la espalda de su padre. Durante horas, se apretujaron. Un gallo cantó y el fervor se transformó en pánico. **Flavios** huyó.

El coche *Lantigua* se detuvo frente a *La Cimarrona* y –torpemente– **Ninoska** sacudió a la pensativa **Priscila**.

-¡Despierta! –le gritó.

-No seas burda, mamá –protestó la chica.

Atravesaron el umbral de la puerta del estacionamiento. Descendieron del vehículo y recogieron del piso dos urgentes telegramas.

Uno despachado por **Luis Montalva**, el editor de **Federico**; el otro fue expedido por **Tomás Bioy Cepeda**, dueño y Director del *Diario La Capital*. En circunstancias no descritas, las misivas informaban sobre el fallecimiento del escritor.



De Francesco FURINI

[V]

La infausta noticia no conmovió ni a **Ninoska** ni a **Priscila**. Incluso, continuaban con sus riñas de rutina. Ulterior al hallazgo de los telegramas, hubo que hacer diligencias fúnebres: sin duda bochornosas más que penosas, las tareas fueron encomendadas a la sirvienta.

Gracias a las influencias de **Montalva** y **Bioy Cepeda**, los funcionarios policiales trajeron con prontitud el cadáver de **Federico Flavios** a *La Cimarrona*. Rígido, embalsamado y con musgo en las orejas, el escritor venía calladito y desnudo en una bolsa plástica. En el tórax engraparon una fotocopia certificada del *Acta Forense*. Helo aquí:

«Yo, **Plutarco Aguafiestas**, *médico adscrito al Departamento Forense de Provincia de Palmas, declaro que he practicado la autopsia al cadáver de Federico Flavios. No*

vi hematomas en parte alguna del cuerpo, tampoco orificios de bala ni incisiones daganianas. No sufrió infarto, ni paro respiratorio por obstrucción [provocada o por deficiencias físicas naturales] del conducto traqueal. Su hígado, páncreas, intestinos, pulmones y demás órganos vitales no ostentaron lesiones. Tenía un enorme diamante por cerebro».

Priscila leyó el documento y descubrió – enrolladita en una de las fosas nasales– una factura por concepto de embalsamamiento. Apurados, los de la *Policía Nacional* bebieron café y se despidieron. **Montalva** y **Bioy Cepeda** –quienes se presentaron casi al mismo tiempo que los repartidores de muertos– ofrecieron sus condolencias a **Ninoska**. En vuelo atropellado, varias codornices sobrevolaron la sala donde los vivos y occiso recibieron sus excrementos. El incidente –extraño, grotesco y cómico– no logró cambiarles la seriedad de sus rostros. Con un lente *ojo de pez* [que igual fue

salpicado de estiércol], un fotógrafo del *Diario La Capital* captó las escenas. Solicita, **Rosana** les obsequió servilletas. Modositos, los visitantes asearon sus caras y ropas.

–La *Policía Nacional* investiga las causas del fallecimiento –incómodo, promulgó **Bioy Cepeda**–. Ellos cuentan con un especializado equipo de pesquisas...

–Ojalá diluciden el caso –disertó **Luis Montalva**.

–*Sólo en virtud de arbitrarias formulaciones legislativas, existe el crimen* –tras mostrar una mueca deleznable, habló **Priscila**–. *El diamante encontrado en su cavidad cerebral prueba que mi padre fue un brillante hacedor...*

Ninoska, Bioy Cepeda y Montalva voltearon a mirarla. Intimidada, la joven marchó a su recámara.

–Sería provechoso para ella que se dedicase a escribir sus ideas –medio sonreído, recomendó el editor a **Ninoska**.

En nombre del *Diario La Capital*, **Bioy Cepeda** repitió su pésame. **Montalva** y el fotógrafo lo imitaron. **Ninoska** los acompañó hasta la calle y –segundos después– regresó para enclaustrarse en la biblioteca. Pasó el resto del día con su vista clavada en el óleo del general **Temístocles Flavios**, bisabuelo de su fenecido esposo.

La sirvienta, por instrucciones de **Priscila**, respondía las llamadas telefónicas y agradecía las fastidiosas «condolencias». Asimismo, **Rosana** tenía orden de no permitir que los curiosos entrasen a *La Cimarrona* para ver al novelista en el féretro.

[VI]

Por una rendija de la entreabierta puerta de la biblioteca, **Bobo** entró y despertó a la señora **Verdugos** con sus ladridos. Al percatarse que **Federico** yacía inmóvil y hediondo en la sala, el perrito buscó la protección de **Ninoska**. La sirvienta lo seguía e intentaba evitar que el pequinés molestara a su patrona.

En su cuchitril, **Priscila** oyó los ladridos de su animalito. Monótonos y distantes, se fundieron a sus imágenes de ensueño. Con su largo hocico y su ligeramente puntiaguda lengua, el perro le separaba las nalgas en el curso de una noche lluviosa.

Mojados, varios murciélagos se posaron en la ventana para observar cómo la lengua del cuadrúpedo se introducía indistintamente en la vagina o ano de **Priscila**. Ya a punto de experimentar el primer orgasmo, la jovencita se colocaba en posición de reverencia y el

pequinés le metía un cilindro más parecido a un *gusano invidente* que a un pene.

En sus momentos de flaqueza sexual, la muchacha le chupó el falo al canino y le indujo más erecciones para que la *falotrara*. Después coronaría nuevos orgasmos.

Priscila salió de su cubículo, corrió por el pasillo y frenó en la biblioteca. Ahí **Ninoska** y **Rosana** trataban de calmar a **Bobo**. Bastó que ella interviniera para que, instantáneamente, el perro cesara su histeria. Lo abrazó, lo besó y le susurró al oído: «fue tu rival quien murió»

-¿Qué le murmuras? –indagó **Ninoska**.

-No seas curiosa, mamá –criticó.

Sucesivamente, los enterradores de la *Dante Funeraria* tocaron el timbre de *La Cimarrona*. **Ninoska** envió a **Rosana** para que abriera.

–Si no son los sepultureros, échalos –aseveró la señora **Verdugos**.

Eficientísima, la sirvienta comprobó la aparición de los funerarios. Resolvió dejarlos pasar. Los invitó a sentarse frente al ataúd [en la más amplia de las butacas de vidrio] y volvió junto a **Ninoska**:

–Si son los que presumió, patrona –comedida, explicó.

–Diles que entren –sugirió **Ninoska**.

–Ya lo hice.

–Entonces, que me esperen: iré enseguida...

Disparatadas, las aves que evacuaron en vuelo sobre las cabezas de **Montalva** y **Bioy Cepeda** retornaron a la sala. Instintivamente, los *vivendemuertos* se escudaron con sus antebrazos. De un extremo a otro, las codornices volaban y coordinaban sus movimientos.

–¡Pretenden malograrnos! –aterrado, gritó uno de los hombres.

Para asombro de los enterradores, las gallináceas [una docena] se establecieron en el pecho de **Flavios**. Al ver cuanto sucedía, **Rosana** asió una escoba y persiguió a las codornices hacia el traspatio. Desde el recibo, apenas se oían los improperios que la criada profería a los pajarracos.

–Fallidamente, he querido fulminarlas –contrariada, adujo **Ninoska** a los intrusos–. No puedo explicarme por qué invaden esta casa en pena...

–Vinimos a llevamos el cadáver, Doña –fue explícito uno de los indivisibles–. El director del *Diario La Capital* canceló por adelantado nuestros servicios. ¿Ya velaron al muerto?

–Claro que si, claro –dijo al estilo de su hija, la viuda de **Flavios**–. Deben enterrarlo ya. No tolero tanta pestilencia.

–Perdone que se lo diga: ¿cómo se atreve una viuda expresar asco por su esposo? Si no respeta a los extintos, ¿a quién distingue Ud.?
–A Ud., miserable *filosofacto*, no tengo por qué dar explicaciones respecto a mi conducta –ofendida, aclaró **Ninoska**–. Estúpido y desalmado Ud. por haber elegido el oficio de inhumador. Como si la muerte fuese un parto, los harapientos como Ud. procuran purgar sus culpas venerándolos...

Indignado, el empleaducho se levantó de la butaca y le lanzó un escupitajo a **Verdugos**. Suerte que ella esquivó y el esputo cayó en uno de los ojos de **Federico**.

Los colegas del iracundo sepulturero lo aprehendieron y lo sacaron de la residencia. Absortos, no se dieron cuenta del reaparición de las codornices que, ya sin obstáculos, orinaron y defecaron encima de ellos. Las palabrotas retumbaron. Prendieron el carro fúnebre y se esfumaron.

–Se han ido –asomada por una ventana,
chismeó la sirvienta con **Ninoska**.

[VII]

A la mañana siguiente, en su oficina del *Diario La Capital* **Tomás Bioy Cepeda** se enteró de lo acontecido. **Luis Montalva** y él habían contratado a la *Dante Funeraria* para que se encargase de transportar al difunto y sepultarlo en el camposanto *Jardines de Quietos*. En cuanto al pésimo embalsamamiento practicado a **Flavios**, pagado por sus admiradores de *Provincia de Palmas*, nada se podía remediar.

«-Los muertos hieden porque están obstinados -habría comentado **Tomás** a sus periodistas-. No entiendo por qué **Ninoska** no tolera tanta pestilencia en su casa. Ella, acaso, ¿se ufanará de no expeler malos olores?»

El Director del *Diario La Capital*, exasperado, solicitó a su secretaria que

llamase, urgentemente, a la familia **Flavios Verdugos**. En *La Cimarrona* –trasnochada y acostada en una de las butacas apostadas alrededor del fallecido– **Priscila** ingería vino. Su transparente y apretada blusa amarilla no impedía la liberación de sus provocativos pezones. El resto de su vestimenta era un minúsculo y blanco [de hilo] pantalón incapaz de ocultar sus nalgas. Hasta hacía perceptible su podado *Matorral de Venus*.

El *audiofonovocal* repiqueteaba y la chica, empalagada de licor, reía alocadamente. **Bobo** –cuyo nombre solía dejar pensativos a quienes lo conocieron– dormía patas arriba a su lado. **Rosana** agarró el teléfono.

–Ud. se ha equivocado –sentenció la sirvienta a **Bioy Cepeda**-. En *La Cimarrona* no somos retenedores de cadáveres. El señor que menciona –dueño de la residencia– viajó a *Provincia de Palmas*. Su esposa, la Doctora **Verdugos de Flavios**, está indispuesta. Por

último, sépalo, la Señorita **Priscila** retoza plácidamente con su perro en el sofá...

Al escuchar aquel discurso, **Priscila** soltó una incontenible carcajada. El pequinés despertó sobresaltado y gruñó a **Federico Flavios**.

–Excelente, claro que es excelente tu oratoria –enfaticó la joven–. Me gustó tu parlamento...

Meditativa, la criada fue al depósito de herramientas y extrajo de un baúl un serrucho. Volvió a la sala y le dio el instrumento a **Priscila** quien, ebria y risueña, no cejaba su empeño de libar vino.

El ambiente enrareció. Con la sierra en la mano derecha, la muchacha se levantó del sofá y redujo la distancia entre ella y el muerto. Diestra, tomó el pene de su padre y lo segó. Ansiosa, de inmediato chupó el inerte y pútrido falo en un intento por lograr que

eyaculara. Frustrada, lo cedió al hambriento **Bobo**.

Una ráfaga de viento frío y neblinoso entró a *La Cimarrona* e invadió sus confines. También las codornices se internaron en la casa y devoraron los vestigios del miembro esparcidos por el piso. El *audiofonovocal* no paraba de sonar.

[**Priscila** y el pequín ya no están en la sala. La sirvienta toca la puerta de la habitación de **Ninoska**. Sostiene un plato con pan dulce que incluye una tacita de café]

Ninoska abrió y se abstuvo de aceptar el pan que –amorosamente– la empleada le traía. Todavía protestaba la podredumbre que lesionaba su olfato.

-**Rosana**–pronunció semidormida–: hoy me auxiliarás para resolver el problema del hedor.
-En la sala ya no está el Señor **Federico** –perpleja, argumentó la sirvienta.

-¿Dónde está?

-En *La Cimarrona* no, Doctora **Verdugos**.

-Alguna de nosotras debe saber su paradero.

-Anoche **Priscila** no durmió y se mantuvo junto al muerto.

-¿No?

-Se emborrachó.

-Dile que venga a mi recámara. Anda...

-Haré lo que ordene, mi patrona.

Rosana diligenció los deseos de **Ninoska**. A paso voluble, llegó al cuchitril de **Priscila**. La vio inmersa en la lectura del *Diario La Capital*. Eufórica, leía en voz alta la noticia del descubrimiento de un nuevo fósil: el *Protoavis*, hallado por un grupo de investigadores encabezado por **Sankar Chatterjee**.

Mediante el estudio del *Protoavis*, los científicos fortalecían la *Teoría Evolucionista del Hombre*. Efusiva, la muchacha gritaba y afirmaba que el *Protoavis* [Dinosaurio Ave] era el eslabón perdido de su familia.

-Tu madre necesita hablarte –la desanimó la criada.

-¿Qué quiere? –preguntó la otra disgustada.

-No sé...

-Por favor, **Rosana**: dile que la esperaré en el patio trasero, en la cima de la montaña.

Sin conjeturar, **Rosana** fue de nuevo a la alcoba de **Ninoska**. Le dio el mensaje de la chica y retornó a sus labores domésticas. Intrigada, la Señora **Verdugos** se puso de pie y se vistió con su bata de baño. Salió al traspatio y observó a su hija trepar el pequeño cerro. La siguió.

En la cúspide, **Priscila** esperó a **Ninoska**: la viuda se extasiaba con las fresas silvestres y algunas vacas [ahí abundaban, igual, los helechos, saltamontes y los pinos]. El frío era recio, pero la neblina se disipaba. Tres lanudos gatos se divertían con las perdices. Obsedida por la idea según la cual sus padres eran descendientes directos del *Protoavis* de

Chatterjee, y, por consiguiente, capaces de volar, *Priscila* empujó a su madre hacia el abismo. Abajo, un empedrado riacho la aguardaba.



De Francesco FURINI

[VIII]

La situación de *La Cimarrona* empeoró ante la opinión pública. Después que el cadáver de **Federico** fue traído a *Meseta Alta*, no hubo velorio alguno ni cortejo fúnebre. Además, su parcela en el *Jardín de Quietos* no tenía epitafio y se aseveró que estaba vacía. A esa irregularidad se sumaba otra: la abrupta desaparición de **Ninoska Verdugos** de **Flavios**, la malhumorada.

Los hechos, agigantados por los rumores y las denuncias que tanto **Bioy Cepeda** como **Luis Montalva** formularon en la *Policía Nacional*, indujeron a los gendarmes a intensificar las investigaciones. Gracias a las experticias, el organismo judicial halló a la Señora **Verdugos** en el riacho. Devorados parcialmente por los buitres, los restos no eran nada odoríficos. En un radio de cinco metros, las plántulas secaron sus hojas y yacían sin vida miles de diminutos saltamontes. Según el

testimonio de los campesinos, la pudrición se captaba a un kilómetro de distancia.

Solicitado por funcionarios del *Departamento de Inteligencia Policial [DIP]*, el juez **Nuncio Siqueiros** autorizó el allanamiento de *La Cimarrona*. Fue cuando –asediada– la sirvienta de los **Flavios** sugirió a los gendarmes que buscaran el cuerpo de **Federico** en *Provincia de Palmas*. Luego, **Rosana** se negó a dar detalles sobre las actividades y conducta de **Priscila** [asistida por un hermano abogado, se acogió al *Precepto Constitucional* que prohíbe a los funcionarios obligar a los sospechosos a emitir declaraciones bajo presión o que los inculpen]

Víctima del descontrol nervioso, **Priscila Flavios Verdugos** fue hospitalizada en la *Clínica Ethos*. Súbitamente convertida en huérfana y única heredera de la fortuna de **Federico**, la joven pidió la lectura del testamento de su padre.

Persuadidos que el fallecimiento de **Ninoska** se debió a un acto suicida, los policías preguntaron a **Priscila** si sabía cuáles fueron las causas de la nefasta decisión de su madre de voluntariamente transmutarse a la muerte. Intoxicada y aturdida por el exceso de vino, la chica rehusó conversar con ellos.

Esequiel La Papo, su ginecólogo, quien trabajaba en la *Clínica Ethos*, dramático como todos los médicos, la protegió del acoso de los curiosos con licencia y de los periodistas. «*Está delicada -advertía-. Podría abortar*»

Posteriormente, la *Sección de Homicidios* de la *Policía Nacional* envió un grupo de detectives a *Provincia de Palmas*. Harían esfuerzos por desentrañar el *Caso Federico Flavios*.

Por haber dicho a los pesquisas que buscaran a su patrón donde tenía una casa de playa, **Rosana** fue acusada de agavillamiento para secuestrar el cadáver del novelista.

«-Un muerto no puede salir del lugar donde yazga para caminar con sus propios pies - iracundo, razonaba **Tomás Bioy Cepeda** mediante una editorial del Diario La Capital-. Aunque los supersticiosos opinen distinto, los auténticos cadáveres no gozan ni siquiera de Personalidad Jurídica. ¿Han sabido de alguno que haya adquirido una casa?»

Ocho meses más tarde, la *Policía Nacional* admitió que fueron fútiles sus indagaciones en *Provincia de Palamas*. Abandonaron el caso y la sirvienta, única detenida hasta el momento, fue liberada.

Resentida por la indiferencia de Priscila hacia ella, partió hacia otra ciudad. Aún recluida en la *Clínica Ethos*, **Priscila** exhibía su avanzada preñez: y **Esequiel La Papo**, quien no la descuidaba, mostraba preocupación por las características del bebé. Muchas veces, repitió los ecosonogramas y observó cómo un desproporcionado tronco se preparaba para romper la placenta. Adherido a los testículos

de la criatura, parecía ser un falo con rasgos de tallo.

En la *Clínica Ethos*, a **Priscila** le llegó la noticia según la cual varios [no identificados] piromaníacos prendieron fuego a *La Cimarrona*. **Bobo**, devenido en cazador de ratas y gatos para alimentarse, así como de codornices e iguanas, murió calcinado. Incompetente, la *Policía Nacional* no capturó a los responsables. Abstrusos, los gendarmes se limitaron a caminar encima de las cenizas sin encontrar indicios de ninguna clase. Conmocionada, la muchacha sintió fortísimos dolores de parto. Presto a salir, el bebé golpeaba las paredes del útero con aquél tronco e intentaba perforar la placenta.

No transcurrieron tres minutos. Conducida a la sala de partos, **Priscila** vomitaba y se contorsionaba sobre la camilla. **Esequiel** —ya trajeado de interventor quirúrgico— se presentó con una instrumentista. Una auxiliar

de enfermería había desnudado completamente a la chica.

–Cálmate, mi amor –cariñosamente, le recomendaba su ginecólogo–. No tardará demasiado en venir el niño. Puja, vamos, ¡puja con fuerza!

[IX]

Los especialistas en ginecología, malformaciones congénitas, obstetricia, el *Consejo Directivo* y las enfermeras de la *Clinica Ethos* acordaron mantener en secreto el nacimiento del bebé que tenía por pene la estatuilla de un hombre capado. No fue difícil atribuir aquella carita de reptil y cuerpo de antropoide a **Federico Flavios**, el escritor cuyo cadáver jamás apareció.

Por votación unánime, el *Consejo Directivo* de la institución decidió custodiar el fenómeno humano: y ello pese a que se arriesgaban a ser enjuiciados en caso de trascender el acontecimiento a la *Opinión Pública*. La *Policía Nacional* –siempre atenta a las eventualidades para salir del tedio sin enmendar los problemas– arruinaría sus carreras profesionales.

Federico nunca imaginó que su cabeza haría las funciones de un glándula; que su boca sería el orificio del conducto urinario de un niño sexualmente precoz [**Imbécil**, nombre elegido por **Priscil**] que disfrutaba al batir su estatuilla en evidente acción *onanista*]

Los doce hombres que integraban el equipo de médicos –quienes felices y celosamente guardaron el secreto del advenimiento de **Imbécil**– fueron juramentados por **Priscila** como los apóstoles de la criatura en santa hora concebida.

Imbécil, que acumulaba semanas sin defecar, gestaba en su recto una especie de *Universo*: cada día, las placas fotográficas ilustraban más nítidamente la creación de casi microscópicos sistemas solares con planetas, agua, oxígeno y seres vivos.

Descartadas por obsoletas, las discusiones respecto a las teorías *Creacionista* y *Evolucionista* del *Universo* y del **Homo**

Sapiens resucitaron en boga. El nacimiento de **Imbécil** –clandestinamente revelado a los entendidos– dividió a los científicos de la *República de Pathos* en dos enjambres: quienes sostenían que la existencia de una criatura con un hombrecillo [estatuilla] por miembro era una invención de los charlatanes de *Meseta Alta* y, con más adeptos, los proclives a aceptar cuanto luzca *Divino o paranormal*.

Irremediablemente, la información escapó de las cofradías de médicos y fue difundida en los diarios de mayor circulación del país. Racionalista, **Luis Montalva** declaró al *Diario La Capital* «que él creyó en **Dios** hasta la noche cuando surgió frente a él y acusó de idiotas a quienes admitían su existencia...» Otras opiniones, menos o más serias, encendieron la reyerta.

Más tarde, en provecho de la polémica, los representantes de la **Iglesia Católica** optaron por calificar de herejes a los científicos que

confirmaron la noticia del nacimiento [o resurrección] del verdadero **Mesías**. Pidieron al gobierno nacional la suspensión de sus licencias para el ejercicio de la medicina y encarcelamiento. Lanzaron advertencias a «los débiles de espíritu» que eran persuadidos con nuevas y nefastas tesis *russellianas*.

Bertrand Russell, perseguido y execrado por los cristianos, conjeturó que si **Dios** creó todas las cosas era *bueno y malo* al mismo tiempo. Por ello, los curas de *Meseta Alta*, deprimidos por las especulaciones de prensa, recordaron a **Russell** y amenazaron con excomulgar a sus lectores.

Lo cierto es que de ciudad habitada por gente apacible y cortés, *Meseta Alta* se transformó en palestra donde venían a debatir personas de múltiples disciplinas y lugares de la bienaventurada *República de Pathos*.

La *Clínica Ethos* ya había eliminado sus actividades corrientes y los apóstoles de

Imbécil –fieles a un juramento reciente– se dieron la tarea de enseñar los mandamientos de catequesis que **Priscila** dictaba en representación del bebé: la *promiscuidad*, *incesto*, *poligamia*, *homosexualismo*, *lesbianismo*, *bisexualismo*, *travestismo*, *hurto* y *crimen* eran fundamentales para la salvación de la especie. Hipnotizados, los feligreses se amontonaban y oían los sermones matutinos.



[X]

Recién elegido presidente de la *República de Pathos*, **Ignacio La Bitácora** ofició la confiscación inmediata de **Imbécil** y **Priscila**. Las inagotables quejas de los clérigos, la profusión de estafadores en *Meseta Alta* [cobraban altísimas sumas de *próceres impresos* por medallas y retratos bendecidos con semen del niño] y la ensordecedora polémica desatada por los medios de comunicación lo obligaron a intervenir. La carta -rigurosamente solemne- fue entregada al *Ministro de la Justicia* por uno de los guardaespaldas del primer magistrado. Según los rumores del ambiente político, era imperativo que el gobierno asumiera la responsabilidad de esclarecer los hechos y de enfrentar la contingencia. He aquí el oficio presidencial:

«Señor, doctor, *Excelentísimo*

René del Látigo

Ministro de la Justicia

Su Despacho

*En uso de las atribuciones que me confiere la ley, le ordeno la confiscación inmediata de **Priscila** y su hijo **Imbécil**. Hoy, ambos se hallan bajo la arbitraria custodia de unos cuantos desalmados autodenominados Apóstoles del **Niño Dios**.*

A los trece días de un mes y año ilegibles. Por la Patria:

Ignacio La Bitácora

Presidente de Pathos»

Jurista y político destacado en el país, **René del Látigo** convocó a una reunión urgente a todos sus colaboradores. En su propio despacho, escogió a tres personas de reconocida competencia para que investigasen los pormenores ligados a la aparición de **Imbécil**. A su vez, esos funcionarios delegaron sus encomiendas a empleados menores. Cartas selladas y firmadas por jefes

y subjefes iban y rebotaban de una oficina a otra. Meses después, el ministro contrato los servicios de una empresa privada experta en hacer encuestas.

En una ciudad de más de diez millones de habitantes, la empresa encuestadora agotó un año en la elaboración del documento en el cual recomendaron al gobierno que rectificara. El amor del *vulgo* por **Imbécil** sobrepasaba lo estimado y, sin dudas, la confiscación perjudicaría la popularidad del Presidente. Para la mayoría de los ciudadanos de *Meseta Alta* –y otras capitales de los Estados de *Pathos*- **Imbécil** era **Dios** reencarnado en una criatura monstruosa. No hubo santuario familiar que no encabezara su fotografía. Famosos músicos y poetas compusieron piezas a **Priscila**, la **Reina de las Madres**, y también al onanista cuyo tamaño y facciones el tiempo no alteraba.

Tomás Bioy Cepeda había mantenido la ecuanimidad característica de su *Diario La*

Capital. Inclusive, publicó interesantes reflexiones de ya mohosos autores como **Eduardo Von Hartmann**. Lúcidamente, **Von Hartmann** dijo que «las funciones psicológicas de la vida vegetal pueden ser excitadas por medio de rayos luminosos de gran fuerza, ya sea valiéndonos de la electricidad o reacciones químicas; que algo de ello sucede también con el Hombre: un niño de cuatro años, por ejemplo, puede alcanzar el desarrollo de un sujeto de treinta ...» [Leplant, André: *Botánica Oculta*. Basada en las teorías de **Paracelso**. «Ediciones Esotéricas», *Estado Argentino de Pathos*. Sf.]

La médium **Mis D' Esperance, Hartmann, Chaij, Prabhupada, Tavernier** y otros eran desempolvados para llenar las páginas científicas del diario *La Capital* y los *web sites*. Ya **Luis Montalva** -para muchos el más cínico y fachudo de los editores de *Pathos*- se había enriquecido con la novela póstuma de **Flavios** intitulada *El Falo de Dios*.

Históricamente acomodaticia, la **Iglesia Católica** cambió su opinión en torno al descubrimiento de **Imbécil** y procedió a buscar entrevistas con sus apóstoles para pactar. Igual, los adoctrinados de las múltiples cofradías políticas suplicaban audiencias y se hincaban ante el niño para besarle su erguido pene.

El Presidente de la *República de Pathos* - comprometido para ayudar al candidato de su partido político en las elecciones en ciernes- legalizó la secta *Los Hijos de Imbécil* y declaró día de asueto nacional la fecha del nacimiento del niño.

[XI]

En *Provincia de Palmas*, un grupo de jóvenes universitarios veía cómo la resaca traía a tierra almejas y un cadáver que enfadaría a los apóstoles de la *Clínica Ethos*. El mar rugía, la arena estaba caliente y plagada de caracoles. Intensísimo, el sol amenazaba con carbonizar cuanto se moviera en la superficie. Empero, los mozos, prestos a satisfacer la urgencia en castigar sus pieles, se echaban desnudos sin prevenir la insolación.

Uno de los muchachos exclamó conocer al muerto: «-*Es el escritor **Federico Flavios**, envuelto en una finísima capa de cobre*»-maravillado, reiteraba-. Otro -quien cursaba *Paleontología*- aseguró que se trataba de un fósil. Lo palpó y -emocionado- gritó: «*Es el eslabón perdido*». Su conjetura denotaba sentido: **Flavios**, milagrosamente intacto y petrificado, tenía alas. «*¡Es el eslabón perdido!*» -al unísono, vitoreaban-.

«¡Avisemos a los periodistas y a la Policía Nacional!».

Federico era un dinosaurio con alas y cara de **Flavios**. Un par de solitarios testículos indicaban que fue hombre. Entretanto, una multitud rodeó al muerto: y, celosos, los descubridores lo salvaguardaban con sus espaldas. Por suerte, no tardaron en llegar los corresponsales de los más influyentes diarios e inspectores del *Departamento de Homicidios* de la *Policía Nacional*.

-¡Despejen el área, por favor! -ordenaban los gendarmes-. Nos llevaremos al fósil...

Algunas cámaras fotográficas fijaban las imágenes en sus ocultos negativos, los menos escrupulosos recogían almejas y los comunicadores sociales entrevistaban a los jóvenes universitarios que hallaron la «joya paleontológica». En procesión, las demás personas seguían al automóvil forense que transportaba el cuerpo de **Federico Flavios**.

La sensacional noticia recorrió la *República de Pathos*. Y, mientras en *Provincia de Palmas* celebraban el acontecimiento, en la *Clínica Ethos* los apóstoles advertían algo novedoso en **Imbécil** y **Priscila**: inexplicablemente, ambos empezaron a irradiar luz. Era la primera vez que esos seres mostraban pruebas más confiables de sus orígenes divinos. El corresponsal del *Diario La Capital* logró realizar impecables fotografías.

A la mañana siguiente, cuando el *Diario La Capital* circuló, varios escépticos, antaño científicos admirados en *Pathos*, experimentaron un malestar sin precedentes. Reunidos [resentidos] en la **Plaza de los Próceres**, diseñaron un ambicioso plan para develar la farsa de aquellos autodenominados «apóstoles» con licencia de un gobierno demagogo y nefasto.

El *Escuadrón de Científicos Ajustos* [con ese nombre se registraron en la *Notaría Pública*] se encargó de asesinar a los más prominentes *Hijos de imbécil* y reductos de médicos defensores de la impía doctrina. Por otra parte, la campaña electoral por la presidencia de *Pathos* comenzaba con espeluznantes acusaciones al gobierno en ejercicio. Enemigos de los eufemismos, los opositores denunciaron como criminal y encubridor del *Escuadrón de Científicos Ajustos* al primer magistrado.

Contrario al gobierno, **Tomás Bioy Cepeda** estimuló en el *Diario La Capital* a los partidarios de la renuncia y juzgamiento del equipo ministerial y a **Ignacio La Bitácora**. Los calificaban como incompetentes, corruptos, pacatos, demagogos y traidores de las causas nacionales. En ocasiones irascible y fuera de su palco, el presidente envió a la *Policía Nacional* a las oficinas del *Diario La Capital* para intimidar al director y sus trabajadores.

Cobardes [fachudos] por tradición, los intelectuales se ubicaron en un punto neutral o anodino: no intervenían en la reyerta política y esperaban los resultados de la misma para luego, lógicamente, apoyar al triunfador. Respecto a la secta *Los Hijos de Imbécil*, tales exhibían una actitud ambivalente: y los menos calculadores empleaban el humor negro para «salvarse de la irracionalidad que socavaba la reputación de la *República de Pathos*».

Frustrados pentecoteses, rezonas a sueldo y borrachitos, en caravana, asistieron a la celebración de los cinco años del nacimiento de **Imbécil**. Jubilosos, los feligreses de la nueva y de viejas religiones entonaban cantos de exaltación y veneración al **Niño-Dios**. *Entranfe* [*], fueron vistos hasta los candidatos a la presidencia de *Pathos*.

[XII]

En *Meseta Alta*, ninguno previno la salida de un Sol tan endemoniado. La algarabía por el quinto aniversario del nacimiento de **Imbécil** había devenido en sospechosa calma. Por doquier se divisaban promontorios de vacías botellas y latas de alcohol, colillas de cigarrillos de marihuana, vacíos recipientes plásticos de coca e inyectoras con residuos de heroína. La ciudad olía a licor, nicotina, coito, excremento, orina y malos presagios. Aquél alba, los guardianes de la *Clínica Ethos* [arqueros dotados con envenenadas flechas] no imaginaron que pronto un aciago e inesperado suceso revelaría cuán tabúes eran **Priscila e Imbécil**.

Un centenar de hombres del *Escuadrón de Científicos Ajustos*, encapuchados y trajeados de negro, penetró en la institución y redujo a muerte la resistencia de los [médicos] apóstoles. Con hachas, «ajusticiaron» a **Imbécil** y amordazaron a **Priscila** para luego huir llevándosela.

Del masacrado estómago de **Imbécil**, uno de los atacantes sacó un portátil *condensador de energía*. Otro filmó los crímenes y un tercer *indivisible* fotografió cada uno de los episodios del allanamiento del «pesebre» vuelto *patíbulo*. Y, en el umbral de la *Clínica Ethos*, atornillaron una lámina de oro donde - en altorrelieve y minúscula letra- imprimieron el siguiente epitafio:

«AL DEMIURGO IMBÉCIL

*Aquí, en este hospital vuelto patíbulo,
Encima de un objeto fatuo y
[reemplazable;
Aquí, en la **Clínica Ethos**,
Un niño que Divino fingió ser
A hachazos murió: **Imbécil** ha muerto,
Dios de los necios y descerebrados...»*

Durante semanas, los desorientados habitantes de la *República de Pathos* enfilaron frente al hospital para leer lo que consideraban

blasfemias. Nadie se atrevió a entrar al lugar y recoger a los occisos. Desde las ventanas, vieron cómo los gusanos consumían los impávidos cuerpos de **Imbécil** y sus apóstoles. Los cadáveres expelían microscópicas partículas de materia hedionda que se adhería a las vestimentas, casas, piedras y árboles. Enrarecidas corrientes de aire propagaban la pudrición por las calles, ríos, lagos y el mar.

Con su filmación y sus fotografías, el *Escuadrón de Científicos Ajustos* logró convencer a los indecisos: igual que su madre, **Imbécil** irradiaba luz por virtud de un [condensador] *acumulador de energía* inserto en su vientre. Pese a que la novísima *Ley de Asuntos Urbanos* prohibía la inocupación de construcciones por más de seis meses, transcurrió el tiempo [años] sin que la *Clínica Ethos* fuese reutilizada o derribada. El esqueleto de **Imbécil** se llenaba de telarañas, nidos de cucarachas, mariposas negras, musgo y polvo. Ratas, serpientes y murciélagos

convivían pacíficamente en el hospital. De los millones de creyentes, sólo veinte fanáticas personas todavía se arrodillaban frente a una ventana desde la cual escrutaban los restos óseos del que creyeron **Niño-Dios**.

Una mañana excesivamente fría, cuando la nieve descendió de las montañas a la ciudad por primera vez, el metálico esqueleto de **Imbécil** irradió luz. Sobre los vestigios de la enmohecida *Clínica Ethos*, brotó. Como los hombres no tuvieron memoria ni religión, los hijos de quienes fueron nietos de los hijos de los veinte seguidores lo fundieron para forjar utensilios de uso diario en una civilización emergente.

[XIII]

Despegaba un siglo y en *Meseta Alta* los habitantes perdieron la memoria. Porque los animales irracionales se habían extinguido, víctimas de inabolibles pestes, los hombres se volvieron *foliáfagos*. Ninguno sabía algo del pasado inmediato a las epidemias. Instintivamente, olfateaban las plántulas y distinguían las venenosas. Podían hablar, es cierto, empero, sin manejar la escritura. Abandonaron sus ropas de confección moderna y, trajeados con telas de cáñamos, emigraron a *Provincia de Palmas*. Buscaban mejor clima, mayor visión horizontal y al Sol.

El azar y el instinto lograron llevar a los millones de *mesetaltianos* hacia las costas donde el viento –quizá cansado de soplar– era el pergamino invisible sobre el cual lo perpetuo tenía faz de escritura.

Ya en *Provincia de Palmas* los inmigrantes no encontraron humanos ni especies de animales. Las cangrejos, almejas y los caracoles no surcaban la arena. En los arrecifes se acumulaban desperdicios plásticos y algunas personas afirmaban haber oído aleteos de criaturas que no identificaban, y que velozmente volaban a ras de la superficie marina. Inexpresivos, los forasteros se instalaron en áreas circundantes a las playas. No los precedía la *Historia* ni el *Concepto de Propiedad Privada*. Convivían sin conflictos. Las tareas estaban demarcadas como las abadías en los tiempos de la expansión de las doctrinas religiosas: los machos recolectaban las hojas para la alimentación y las hembras cuidaban a sus crías.

Si un ente con inteligencia pierde su memoria, es decir, sus conocimientos, ¿por cuál causa ha de preocuparse por el origen de un idioma o ruina? Esa elucubración parecía resumir el comportamiento de los *mesetaltianos*. No se interrogaban respecto a lo que veían:

defecaban, orinaban, se procuraban refugios, pero, no indagaban ni reflexionaban a partir de cuanto los desaparecidos pobladores de *Provincia de Palmas* dejaron. Eran híbridos de una post-civilización, una mezcla de seres torpes e inteligentes.

¿Qué ocurrió a la *República de Pathos*? ¿Qué peste fulminó a los *provinciapalmianos*? ¿Por qué ellos no murieron como los demás? No inquirían. Respiraban, se comunicaban en base a sonidos que surgían de signos ignorados.

Los *mesetaltianos* rehusaban ocupar las desoladas construcciones de concreto. Tampoco curioseaban. Sólo **Hs**, hijo del que apodaban **Fisgón**, fue sucesivas veces a la ciudad a recorrer las asfaltadas calles y a examinar el interior de las residencias.

Fisgón —quien no habló jamás— acostumbraba sentarse a la orilla del mar y al pie de un cocotero. Los *mesetaltianos* le obsequiaban

comida y se miraban en sus ojos que eran espejos. Ante él, recitaban:

*«Soy un hombre sin pretérito
A quien los ojos de **Fisgón** la puerta
Con un reflejo infame cierra.
Soy el que no advierte
Cuánto la Causa Primera es abominable»*

[XIV]

Hs, de quince años, fablistán para la mayoría de sus paisanos, atribuía a su padre dones que ninguno se atrevía refutarle: la videncia, ubicuidad, memoria del pasado y santidad. Para el muchacho, por temor y desconfianza, **Fisgón** guardaba el conocimiento de la palabra escrita. «Mi viejo lee los signos impresos en el viento» –repetía **Hs** a los mesetaltianos–. «Me legará su sabiduría»

Al cambio de las cosas, en *Provincia de Palmas* no hubo novedad. La gente insistía en reproducirse, en retroceder a una existencia cada vez más primitiva. Como el cerebro siempre ha determinado las mutaciones físicas, los hombres se volvieron velludos y fuertes. En cambio, **Hs** mostraba mayor fragilidad y sus brazos se transformaban en alas.

«Vendrán los días cuando sobre el mar aparezcan los cadáveres de quienes construyeron y habitaron el mundo —en nombre de Fisgón, predijo el fablistán—. El Hombre recordará el pasado del Hombre. Los excrementos suplirán a las aguas e inundarán los territorios. Los átomos se acelerarán y producirán una inimaginable explosión en el espacio. Retornarán los animales irracionales, las aves, las aguas limpias, el oxígeno, los árboles y el vástago pródigo de la Causa Primera. Y, una vez más, las aberraciones del hijo destruirán al mundo»

Los *mesetaltianos* empezaron a sentir pánico. A la orilla del mar, **Fisgón** prolongaba cada día más sus sueños. Despertaba poco y miraba a **Hs** a quien —sin pronunciar palabras— dictaba designios. Las nubes se esfumaron y no se percibían las estrellas.

Los inmigrantes creían vivir en las entrañas de un gigantesco saco de piel. La penumbra

los mantenía insomnes. Repentinamente, tuvieron que aceptar la partida de **Fisgón**. El anciano dormitó y no quiso despedirse.

Hs –que ya lucía plenamente alas– cremó el cuerpo de su padre y, en vuelo, esparció sus cenizas en el centro del mar. Contra los límites, vertiginosamente, ascendió y atravesó la «pared» de piel.

Las aguas no sirvieron para navegar o bañarse y, poco a poco, formaron un vasto charco de excrementos. El aire se puso irrespirable, las plántulas secaron sus raíces y los recuperaron definitivamente la memoria.

Moviéndose suavemente hacia la orilla, encima de la superficie, numerosos cadáveres flotaban. Sin prisa, la resaca los traía a tierra. Se oyó un estrépito y una tormenta de partículas fecales precipitó. Presas del horror, las mujeres gritaban e intentaban proteger a sus criaturas. Oscureció aún más y los hombres se atascaban en los empantanados caminos.

Agonizantes, los mesetaltianos veían cómo fabulosas hachas hacían incisiones a la piel que envolvía a *Provincia de Palmas*. Sucesivas veces, las armas penetraron la atmósfera hasta que lograron reventarla. El estallido se produjo. Los llantos, el ruido y la materia se expandieron hasta el infinito.

[XV]

-El Universo es detrito –en un discurso órdago, fanfarroneó **Federico Flavios**–. Los astrónomos y los físicos aducen que cuanto vemos y palpamos surgió de una súbita e inexplicada explosión.

-¿Detrito, eh? - interrogó el profesor **Juvenal Mentevacua** y miró al resto de sus alumnos.

Tranquilos, **Tomás Bioy Cepeda** y **Luis Montalva** intentaron vitorear la intervención de **Flavios**. Cual si sus dedos tuviesen emplasto en las puntas, **Mentevacua** no podía desprender las manos del escritorio. Apenas movió la cabeza en señal de escarnio y refutó:

«-El Universo no es detrito. Han de saber, modorros de malas lecturas: lo existente fue invención de **Dios**. No importa cómo lo llamen en la India, en Europa o en Sudamérica: **Dios** es el único creador de lo perceptible [palpable] e inaprehensible. Los

físicos y los astrónomos son unos lunáticos: ahora, hasta se atreven a declarar que el *Universo* se expande. ¿Algunos de ustedes oyó una mocedad mayor?»

Tomás –el más listo entre los estudiantes de *Filosofía* y *Letras*– lució corajudo e interpuso:

-Esta es una de las universidades más antiguas y famosas del mundo. En mala hora Ud. habla con razones teologales. **Dios** es un disparate de fabuladores que buscan persuadir a los ignorantes y servir a los cretinos...

Enfurecido, **Juvenal** [al fin] despegó sus dedos de la empolvada superficie y protestó las palabras de **Bioy Cepeda**:

-Es Ud. un mozalbete y un canalla. Yo soy el Doctor **Mentevacua**, su profesor, y Ud. me irrespeta: ¡Salga del aula!

Se desataron dispersos reclamos en los presentes. Indignado, **Luis Montalva** quiso desacreditar todavía más al catedrático:

-No sólo **Dios** es un disparate, señor –recio, acusó–. Ud. , igual, es un fiasco. **Epicuro** – quien sostuvo que el átomo es indestructible– no habló de algo para siempre imperceptible. Si a raíz de la invención del microscopio el *Hombre* otorgó la razón a **Epicuro** y confirmó lo ineliminable del *átomo*, los sistemas solares no tuvieron *Principio* ni tendrán *Fin*...

-**Dios** es el concepto del *Principio* y el *Fin* – iracundo, volvió a replicar **Juvenal**–. Es el imperio de lo perceptible, la dilucidación escrita en el viento... No blasfeme y váyase de aquí... ¡Váyase!

Casi al mismo tiempo, los alumnos lanzaron sus libros y cuadernos contra **Mentevacua** y lo espetaron. El barullo le provocó taquicardia al académico que –sin aliento– se desplomó encima del escritorio. Satíricos, afuera

Montalva, Tomás y Federico recibieron a sus compañeros y los invitaron a compartir un confite.

[XVI]

El reloj marcaba las dieciocho horas cuando el grupo de estudiantes entró al *Inebriated Bar*. Situada en el *Parque Los Museos* y al centro de *La Capital*, era la principal cervecería de la *República de Pathos*. Amontonados en diez *máquinas de rodamiento*, los rebeldes muchachos invadieron la acera frontal al establecimiento de diversión y descendieron entonando improvisadas canciones. Luis comandaba al exaltado enjambre:

-¡Penetrad, filosofastros! -ordenó en alta voz.

Federico, que vino en el automóvil de **Bioy Cepeda**, vio a una chica extraña a la *Escuela de Filosofía*. Se acomodó el bigote y averiguó con **Montalva**:

-¿Quién es esa chica?

-¿La impactante que va trajeada de verde o la deleznable cuyo hocico se asemeja a un sapo?

-preguntó su amigo.

-La virtuosa que va trajeada de verde...

-Su nombre es **Princesa Danubios**. Es hermana de una de nuestras compañeras de clases.

-Me placera conocerla. ¿Podrías presentármela?

-De inmediato, caballero...

Montalva –hijo de **Ismenia Bofia**, presidenta de una compañía editora de revistas frívolas– caminó hacia **Princesa** y la saludó con un beso. Detrás de él, **Flavios** le extendió la mano y no esperó ser anunciado:

-Mi nombre es **Federico Flavios**. Desde hoy, soy un ex-estudiante de *Filosofía*. Abandoné los estudios formales para dedicarme a [estudiar] *leer e idear ficciones* sin estorbos...

-¿Eres escritor? -coqueta, inquirió **Danubios**.

-Cuasi. Tienes que saber que **Montalva**, hijo pródigo de editores prolijos, inaugurará su propia empresa con mi primer libro.

-Es verdad –los interrumpió **Luis**–. Todavía no es un novelista. Pero, tiene talento y yo me enriqueceré con sus atrocidades.

-¿Cuál es el título de ese libro? -recusó **Princesa**.

-*La Logia* -parco, formuló **Montalva**.

[Están sentados alrededor de un mesón armado con varias mesitas al modo de los rompecabezas. Beben cervezas y se cruzan chanzas los unos a los otros. Oyen una música fuertemente *mozartiana*]

Aturdido por el exceso de licor, **Tomás** se levantó e informó a los [drogadictos] borrachos presentes:

-No volveré a las aulas [me asquean esos profesorcitos que se emplastan las manos para hablar sin despegar los dedos de los escritorios]. Mi padre acaba de jubilarse de su matutino. Seré el nuevo Director del *Diario La Capital*. ¡Ah!, también mis mejores amigos, **Flavios** y **Montalva**, dejarán los

cursos formales. Luis será el editor de **Prometeo**; es decir, de **Federico**...

Elevaron las jarras, extrajeron narcóticos de sus bolsillos, y, en señal de complicidad, brindaron en honor a los disidentes. A las veintidós horas, el *Inebriated Bar* apagó la música *mozartiana* y echó a los revoltosos.

[XVII]

En el *Inebriated Bar*, **Flavios** había pactado una cita romántica con **Danubios**. Era una nueva noche y –antes de buscar a su conquistada– **Federico** telefoneó a Bioy Cepeda:

-Avisa a **Luis** –mordaz, susurró mediante el audiofonovocal celular–. Nos encontraremos en la cabaña clandestina, a las veinte horas. Lleva la filmadora.

-¿Está buena? -curioseó **Tomás**.

-Está bonísima...

-No cometerás errores, ¿eh?

-Pierde cuidado.

El escritor abordó el *Lantigua* negro que su padre legó cuando ingresó en la muerte. Años atrás, un derrame cerebral lo abatió. Pese a cargar con el peso de una década de uso ininterrumpido, el coche funcionaba sin fallas lamentables. Recogió a **Princesa** en el *Parque*

Los Museos, atravesó la ciudad y tomó una de las autopistas.

-¿Adónde me llevas?

-desconfiada, indagó la **Danubios**.

-No te preocupes –trató de engañarla **Federico**—. Te divertirás...

De improviso, **Flavios** disminuyó la velocidad y aparcó en el hombrillo de la pulcramente pavimentada carretera. Como era anchísima, los choferes desarrollaban increíbles velocidades al volante de costosos vehículos. Circunstancia que ayudó a **Federico** a ejecutar sus planes. Sacó una daga y un pedazo de mecate de la guantera. Emplazó a **Princesa**, que denotaba asombro:
-Ataré tus manos –impuso—. Voltéate...

Vestida con unos cortísimos pantalones y una chaqueta de piel azul, la moza obedeció.

-Por favor, no me hagas daño -suplicó.

-Si no gritas, sobrevivirás -propugnó el palurdo.

Las nalgas le brotaban por los bordes del menudo pantalón. Como no portaba sujetadores, los pechos se entreveían por la escotada blusa. **Federico** le vendó los ojos.

-Si me prometes que no gritarás, no taparé tus jugosos labios con cinta adhesiva -morboso, indicó **Flavios**.

-No me hagas daño –no cesó de rogar la atemorizada mujer.

-Silencio... Debes permanecer callada.

El desalmado puso en marcha la *máquina de rodamiento* y se desvió por un empedrado camino. Los arbustos casi clausuraban la vía y -constantemente- las serpientes eran aplastadas por los neumáticos. El corazón de **Princesa** forcejeaba con las costillas para salir del área torácica. El envalentonado falo de **Federico** lo incomodaba: caliente y rígido, le impedía conducir perfecto.

Luego de diez kilómetros, el rufián divisó la cabaña y bajó las luces. Pensó que ni un demente viviría por esos lugares. El monte era espesísimo y por todas partes los gatos salvajes y las hienas merodeaban. Llegó y se sorprendió al ver el automóvil de **Tomás** estacionado enfrente.

-Estos carajos son eficientes -dijo para sí mismo.

-¿Quiénes? -presa del llanto y el terror, investigó la **Danubios**.

No hubo respuesta. **Flavios** detuvo el *Lantigua*, apagó las luces y quitó la venda a **Princesa**. Espigaditos y encorbatados, **Montalva** y **Bioy Cepeda** salieron como cangrejos tras sus víctimas.

-La ayudaré a bajar, Señorita -libidinoso, expuso **Luis** y le abrió la puerta.

-Seré el *desflorador* -cínico, encaró **Federico** a **Montalva**.

-El azar decidirá -refunfuñó **Tomás**.

Violentamente, **Montalva** le rasgó la blusa a **Danubios** para morderle los pezones. Furiosa, ella le esputó la nariz y pidió auxilio [en ese apartado sitio, nadie la escucharía]. **Luis** tenía un sable en su mano derecha. La colocó en decúbito y -golpeándole las nalgas- le bajó el *short*. Afloró un hermosísimo trasero.

Enloquecido por los deseos, se sacó el falo: pero, **Favios** lo apartó agresivamente y abortó su acción.

-Lo haré primero -severo, estableció y blandió su pene.

Bioy Cepeda le pasó una capucha [tipo pasamontañas] de seda negra y **Federico**, ya trajeado de secuestrador, intentó *falotrarla*. Tuvo dificultad para hacerlo. Optó por lamerla y lubricarla con su saliva. Después pudo lograr su propósito.

Ulteriormente, igual **Tomás** y **Luis** la violaron encima del tierra. Se turnaron tanto a la chica como a la cámara filmadora y el foco de ambientación. Ni siquiera la desataron. La luna llena hacía más perceptible la presencia de búhos, gatos y cucarachas.

Al fin, desataron a **Princesa** y la ocultaron en la cabaña. Estaba desnuda de la cintura hacia abajo. Para filmar mejor sus rebosantes senos, le desprendieron definitivamente la blusa. Vencida y meditabunda, se veía maravillosa. Los murciélagos se posaban en las ventanas y miraban cómo los forajidos proseguían la juerga con cervezas frías y vino.

[XVIII]

Princesa fue desechada en un pozo séptico en desuso. Con filosas dagas, al amanecer los hombres le cortaron el cuello. No sufrió antes de morir. Su cuerpo aumentó el volumen de los despojos que formaban un promontorio de cadáveres en el fondo: osamentas de adolescentes la víspera ultrajadas y asesinadas por la trilogía.

-Me darás una copia del film -exigió **Federico Flavios** a **Tomás**, el encargado del revelado.

-Yo también deseo una -en tono de quien anuncia un réquiem, dijo **Luis**.

-Estamos muy borrachos y burlones -advirtió **Bioy Cepeda**-. Necesitamos dormir. Nos iremos a las nueve horas.

Los gatos salvajes saltaron hacia lo profundo del pozo séptico. Hambrientos, buscaban tajadas frescas de la carne aún tibia de

Princesa. Asustadas, las lechuzas cabalgaban encaramadas sobre los felinos y -en tácita armonía- compartían el botín. Ya el Sol empezaba a salir por los distantes peñascos. Atraídas por el olor de la sangre, pululaban las cucarachas y hienas.

Los antiguallas durmieron. Aparatosamente, **Tomás** se levantó de su cama y pateó a sus compinches. La música de del flautista **Tull**, grabada en el reloj *despertador-cafetera*, les advirtió que ya era hora de regreso. Mientras **Luis** y **Federico** se incorporaban, el café estuvo listo.

Bioy Cepeda guardó la cámara filmadora y la lámpara de ambientación en un estuche especial.

[Minutos más tarde, **Flavios** enciende el motor de su *Lantigua*. En tanto que **Montalva** asea el piso de la cabaña, **Bioy Cepeda** calienta su moderno (deportivo), *Ford*. Aves de diversos colores y tamaños sobrevuelan

sus automóviles. Es una mañana asoleada y las iguanas corretean a los insectos encima del pasto]

Dos vehículos emergieron de un empedrado camino y retomaron la autopista *Costa Sur*. El *Latigua* era conducido por **Federico Flavios** y el *Ford* lo piloteaba **Tomás Bioy Cepeda**, quien iba en compañía de **Luis Montalva**.



[XIX]

La primera página del *Diario La Capital* desplegó la asunción de su nuevo y jovencísimo [21 años] Director, **Tomás Bioy Cepeda**. Ofrezco –íntegramente– la salutación:

«*Hijo de **Josué Bioy Juan**, inmigrante inglés, **Tomás** tiene por misión modernizar este diario –elucidaba el Jefe de Redacción en una editorial–. Tanto el equipo de periodistas como el personal técnico y administrativo lo recibimos con regocijo. Y, a Don **Bioy Juan** -patrono honorario y vitalicio desde hoy- le deseamos una feliz jubilación...»*

La fotografía de **Tomás** cubría media página con la descripta [salutación] *leyenda al pie*. Más abajo, al extremo derecho, destacaba un boletín según el cual la *Policía Nacional* husmeaba una serie de plagios de muchachas.

Los habitantes de la ciudad manifestaban estupor por las frecuentes desapariciones de chicas.

Blanco, barbado, de cabello liso y rasurado a la altura de las orejas, sin bigotes y mirada triste, **Tomás** se apersonó en el ex-despacho de su padre y levantó el *audiofonovocal*:

-Hola, ¡hola!, soy **Montalva**: ¿quien me llama? - investigó su amigo.

-**Bioy Cepeda**, el *Director* - apesgado, explicó el otro.

-El Director...¡Ah!, muy bien. El nuevo Director, ¿eh?

-Denunciaré los crímenes, sus crímenes, *logiaviesos*...

-Broma pesada la tuya, bastante pesada.

-Olvídalo, Luis: sólo necesitaba decirte que me retiraré.

-¿Irte de *La Logia*?

-Sí: llama a **Flavios** y cuéntale. Dile que los invito a cenar. Los esperaré en el *Inebriated Bar*, a las diecinueve horas.

-Entendido.

Federico andaba contento por la aceptación que los lectores prodigaron a su libro. En apenas dos meses, tuvo una inesperada y sorprendente venta. Algunos editores extranjeros le ofrecieron contratos para traducirlo y numerosos críticos se atribuían el hallazgo de su talento. Firmó con portugueses, chinos, ingleses, franceses, italianos y alemanes la publicación de *La Logia* en sus respectivos idiomas.

[En el *Hotel Las Perdices*, suena el teléfono del escritor. **Flavios** lo acerca a su oído:

-Oye, pillo –apresurado, habla Luis–: nos reuniremos con Bioy Cepeda a las diecinueve horas en...

-En el *Inebriated, Bar* –termina la frase su interlocutor–. No hay mejor divertimento...

-Es importantísimo. No faltes.

-¿Me pagarás los *Derechos de Autor* esta noche?

-No es punto de agenda para hoy. Sin embargo, te llevaré cien mil *próceres impresos* británicos: cantidad sustanciosa, ¿no?

-Ya que no es *punto de agenda*, es una suma aceptable por un rato... Ja, ja, je...

-¿Qué harás con ese dinero?

-Gastarlo en libros, buena comida, vinos...

-Excelente. Nos veremos a las diecinueve horas]

Los *audiofonovocales* no transmitieron más. El reloj de **Federico** señalaba las trece horas. Salió de la habitación y caminó en dirección al comedor del hotel.

[XX]

Sucedió la insospechada desintegración de *La Logia*. Ninguno solicitó casación y bebieron vino para sentenciar la fractura [formal] de los *códigos secretos*. No planearían más violaciones sexuales ni venderían películas. Acabarían las infames matanzas y las juergas de adolescentes. Iniciarían otra etapa: más [púdica] pública, limpia, moral; el episodio de quienes están obligados a defender lo establecido. A los compradores de films [es decir: a los adeptos de *La Logia*] determinaron ordenarles el suicidio.

Semanas después de aquella histórica reunión, hubo suicidios colectivos en la *República de Pathos*. Jóvenes y viejos de ambos sexos, fieles a los dictados de la trilogía, se rociaron gasolina y se prendieron fuego en las afueras de las capitales.

Tomás Bioy Cepeda se encargó de escandalizar a la población con la nefasta noticia de los suicidios. El *Diario La Capital* tituló -a ocho columnas- lo acaecido y difundió media docena de fotografías de los calcinados cuerpos. La *Policía Nacional* desacuarteló a todos sus funcionarios. El *Ministerio de Relaciones Interiores* pagó comunicados de prensa y el Presidente -en cadena de televisión- lamentó lo ocurrido calificándolo como un «enrarecido incidente que enluta a venerables familias...»

Federico Flavios fue arrestado en *Provincia de Palmas*, sitio donde adquirió un chalet para desahogarse de la metrópolis. Un atolondrado juez -que había leído *La Logia*- diligenció su captura con los detectives adscritos al *Departamento de Inteligencia Policial*. Por supuesto, **Tomas** asumió su incondicional defensa mediante el *Diario La Capital*. Las librerías se abarrotaron de chismosos en busca de la novela y las agencias [*amarillistas*] internacionales de noticias alarmaron a sus

lectores de varios países con la absurda detención.

Abogado bienfamado entre los *mesetaltianos*, **Albertus Montalva** fue contratado por **Flavios** para que introdujera un *Habeas Corpus* y una acusación de «*Nudo Hecho*» contra el ignorante magistrado. El *Consejo de los Jueces* destituyó al temerario jurista y fue obligado a pagar medio millón de *próceres impresos* norteamericanos a **Federico** por los daños y perjuicios ocasionados.

Según sus confidencias, decepcionado de *La Capital de Pathos*, **Flavios** se iría a vivir a *Meseta Alta* donde tenía una vieja casa al cuidado de una sirvienta. Fría y tal vez la más conservadora de las ciudades del país, *Meseta Alta* solía servir de «retiro espiritual» para personalidades. Pese a su *autoexilio*, **Luis** y **Tomás** se comunicaban frecuentemente con él vía transmisión *cuántica* [INTERNET y también celular].

[XXI]

El tiempo fatigó sus meses y **Federico** - envuelto en un sobretodo de piel- caminaba por una céntrica calle. Una densa neblina obstruía la visión de los transeúntes. Varios gatos reñían por una hembra y emitían los característicos y espantosos chillidos que suelen desconcertarnos en las madrugadas. Llovía.

El ensimismamiento de **Federico** al andar le provocó una colisión: En la *Esquina del Vidente*, una mujer salía de una casa y él la atropelló.

-Discúlpeme, señorita –rogó el reptil-. Soy un hombre muy distraído...

La chica lo miró fíjamente a los ojos. Parecía desafiarlo:

-¡Maldito está mi destino! -exclamó la desconocida-. ofuscado, hace pocos minutos

un parapsicólogo me advirtió que al salir de su consultorio me toparía con Ud.

-Estoy muy apenado; por lunático, me cargo líos -repitió **Flavios** la excusa. Pero, ¿cuál es su nombre?

-**Ninoska Verdugos...**

-Es hermoso y se ajusta a Ud.

La joven abominó esa especie de *tedéum* que los machos ofician a las mujeres para seducirlas. Bajó la cabeza, evadió las [majaderías] galanterías del escritor y desenfundó una cajetilla de cigarrillos.

-Me gustaría ir a un cafetín con la muchacha más linda de *Meseta Alta* -risueño, diligenció **Federico**-. ¿Acepta Ud.?

-Sí... Pero, dígame: ¿Es Ud. el escritor **Federico Flavios**? -discernió la **Verdugos**.

-¿Cómo supo? ¿Leyó mi novela?

-Jamás he leído algo suyo. Me fue revelado por el parapsicólogo.

-¿No bromea Ud.?

-Añadió que Ud. prepara un nuevo libro: *El Falo de Dios...*

Presa del estupor, **Flavios** la sujetó por un brazo y la condujo hacia su *Lantigua* que estaba estacionado frente al *Palacete del Gobernador*.

La lluvia arreciaba. Maripositas buscaban el calor de los postes de alumbrado y los murciélagos chocaban volitivamente contra los noctívagos.



[XXII]

Una semana después de haberla conocido, el escritor le pidió a **Ninoska** que aceptase casarse con él. Aparentemente [*ilusionada*] deslumbrada, la *mujellera* rechazó la convencional boda eclesiástica e insistió en un matrimonio civil sin la profusión de invitados ni opulencia. **Nuncio Siqueiros** -el juez más popular de *Meseta Alta*- los uniría en un modesto restaurante cerca de un hangar. La razón: venían **Luis Montalva** y **Tomás Bioy Cepeda** en un avión privado. Eran los únicos convidados de **Federico**.

Por su parte, la **Verdugos** [huérfana, sin hermanos y con dispersos y apáticos primos] únicamente solicitó la presencia de su *persuapsíquico* [*]

A escasos minutos de la firma del [registro] *Libro de Actas*, pilotado por **Tomás**, el avión de Don **Josué Bioy Juan** aterrizó. El propio

Flavios fue con su *Lantigua* a recoger a sus amigos. Mientras conducía, notó que numerosos *mesetaltianos* se habían atrincherado en los extremos de la carretera. No dio relevancia al asunto y llegó sin novedad al hangar.

-Hermoso el avión de tu padre -aduló **Pederico** a **Bioy Cepeda** al estrecharle la mano-. ¿Podré comprar uno algún día?

-Sí podrás -aprobó **Tomás**-. Ja, ja, je... Tienes que impeler a tus editores para que aumenten el tiraje de tu novela, nada más...

-Eres un majadero -pareció disgustarse **Montalva**-. En este país, ninguno ha tenido, en tan poco tiempo, la difusión que **Flavios**...

-Sin reyertas, por favor, emplazó el anfitrión. Hoy es el día de mi boda. Mi novia pensará que son unos maleducados...

-¿Quiénes estarán en el restaurante? -al unísono, preguntaron **Luis** y **Bioy Cepeda**-. ¿Tus suegros?

-Aparte de ustedes, un parapsicólogo cuyo nombre todavía ignoro. **Ninoska** no cuenta con sus padres.

-¿Por qué? -interrogó **Montalva**-. ¿No te aman? ¿Deploran tus ideas?

-Están muertos -parco, refutó **Federico**-. A ellos, a los occisos, no les agradan los matrimonios...

Las carcajadas retumbaron en el hangar. Abordaron el *Lantigua* y partieron velozmente.

Cuando iban hacia el restaurante, fueron apedreados por la turba de hombres, mujeres y niños atrincherados a los costados de la ruta. Endemoniadamente, **Flavios** aceleró para evadir los impactos en tanto que los vidrios del automóvil crepitaban en el aire.

Aparte de arruinar las ventanas y el parabrisas, lograron aporrear la carrocería. Aturdidos, arribaron al restaurante. Acompañados de un [uniformado]

guardaespaldas. El juez **Siqueiros**, quien los esperaba, los recibió en la entrada.

[XXIII]

La ceremonia consistió en lo siguiente: **Nuncio Siqueiros** abrió el *Registro de Nacimientos y Matrimonios* y –sin aspavientos- les ordenó que firmaran [a los contrayentes y a los testigos, por supuesto] Luego, rechazó el almuerzo y marchó con su enclenque guardaespaldas. El gerente del local cerró todas las puertas de acceso y puso música de **John Lennon**. Sirvió la primera botella de vino italiano.

-¿Adónde vive el señor **Fisgón**? –curioseó **Luis** y miró a la reciencasada.

-Aquí, en *Meseta Alta*, al centro de la ciudad -respondió **Ninoska**.

-¿No habla?

-Está físicamente imposibilitado para hacerlo. Un sicario le cortó la lengua.

-Pero... ¿Por qué? -interrumpió **Tomás**.

Durante varios segundos, se mantuvieron en silencio. **Flavios**, sorprendido por las confidencias de su esposa, nervioso se paró de la silla e ingirió vino. Calmado, el parapsicólogo escrutó a los presentes. Obsesiva Y fijamente, escrutó a **Ninoska**. Algo le decía con la mirada o –quizá– telepáticamente. Ella asintió con la cabeza y expuso:

-Me ha dicho que ustedes fueron apedreados.
-¿Cómo se enteró? -sin sentarse, investigó **Federico**-. ¿Cómo te lo reveló si no emite sonidos?
-Explícame primero -desvió el tema la **Verdugos**-. ¿Por qué los apedrearon?

El gerente y dos empleados aparecieron con cuatro platos repletos de mariscos. Los compinches del escritor no se opusieron a **Ninoska**. Igual querían enterarse de las causas del odio de los pobladores.

-Está bien -claudicó **Flavios**-. Les contaré.

Esperó que los mesoneros se alejaran. Después, inspirado, comenzó a narrar cuanto sabía:

*«-Mi bisabuelo -el General **Temístocles Flavios**- gobernó en Meseta Alta durante más de veinte años. En 1890, fue derrocado y asesinado por El Libertador Bribón. En mi casa -La Cimarrona- guardo varios retratos suyos al óleo. Estaban firmados por Josué Fisgón. ¿Habrás sido ascendiente del señor parapsicólogo? »*

Ninoska intentaba examinar los ojos de **Fisgón**, que estaban ocultos tras unos anteojos oscuros. El viejo se los quitó y -estupefactos- todos comprobaron que tenía espejos por pupilas. Súbitamente asustados, **Montalva** y **Bioy Cepeda** dejaron caer sus copas al piso y se pusieron de pie.

Aún consternados, volvieron a sentarse y terminaron de comer sin dialogar. **Federico** y

Ninoska llevaron a los invitados a la *Esquina del Vidente* y al hangar, respectivamente. Media hora más tarde, aparcaron en *La Cimarrona*. Ahí iniciarían la *luna de miel*.

[XXIV]

En *Meseta Alta*, los campesinos contaban la leyenda según la cual habría sido un cocodrilo el padre del Dictador **Temístocles Flavios**. En días decimonónicos, **Dalila**, madre del gobernante, y bisabuela de **Federico**, enviudó. Como era ninfómana, se habituó a dormir en compañía de un reptil. Éste -confinado en la hacienda que precedió a *La Cimarrona*- optó por cargarse a la desconsolada y aún joven dama. Sus sirvientes, testigos de las sucesivas y ruidosas fornicaciones de aquella mujer, propagaron el chisme entre los *mesetaltianos* y los turistas. Prosperó la leyenda y, cuando **Temístocles** alcanzó el poder, fue apodado «*Tirano Emidosaurio*». Coincidentemente, la afición del General por esos animales fortaleció las conjeturas respecto a su impío origen.

En orden generacional, los ascendientes de **Federico** ostentaron el mismo hocico oblongo

de los reptiles. Los *mesetaltianos*, atentos a las eventualidades, al verlo conducir el *Lantigua* recordaron las andanzas del Dictador con *cara de cocodrilo* que fustigó -sin piedad- a una población aldeana y de costumbres religiosas: inocua y servil, empero no estúpida. Sin comunicarse, cooperar ni departir con nadie del *vulgo*, el escritor se pavoneaba con su *máquina de rodamiento* y provocaba el desenfado de los lugareños.

El apellido, las facciones y la petulancia incorregible del intelectual eran motivo de inagotables rumores en aquella caricatura de metrópolis. **Federico** -similar a cualquier aristócrata *pathosiano*- disfrutaba al cerciorarse que en las comarcas el chisme y la intriga ayudan a purgar pasiones civiles e impiden conflagraciones mayores.

Se sabía que el bisabuelo de **Federico** vino al mundo en parto de gemelos. Y que el reptil que saciaba a su ninfómana esposa moriría lapidado [y apaleado] por un enjambre de

campesinos. Animal apacible e inteligente, la había inevitablemente *falotrado* con su *característico miembro bífido*: dobles fueron sus placeres, dobles sus eyaculaciones e infinitos los orgasmos de **Dalila**.

Luego de cada dificultosa y obscena relación, **Dalila** -descendiente de un prócer de la *Independencia*- rogaba desesperadamente la ayuda de una de las criadas para levantarse del lecho. El sémen del cocodrilo propendía a cristalizarse, obligándola a acelerar e intensificar sus abluciones. Hubo momentos en los cuales se vio en la necesidad de introducirse unos pequeños [*carroñeros*] gusanos, azules y lanudos, naturalmente hábiles para consumir bacilos patógenos y también microorganismos no transmisores de enfermedades.

Mientras los gusanos *espermatófagos* le purificaban su cavidad vaginal, **Dalila** se emborrachaba y dormía encima en el lomo del

extraordinario animal llamado *Palo de Horqueta*.

Una *Navidad* -la víspera del nacimiento de **Temístocles** y tras el descuido de los criados a los cuales se les permitió libar, *Palo de Horqueta* se fugó de la *Hacienda del Prócer*. Sin permiso, formó fila en un grupo de feligreses que celebraban una fiesta conocida como *Paradura*. Un centenar de personas [hombres, mujeres y niños] desfilaba con velas encendidas tras la imagen de **Jesucristo** bebé. Dócil y apto para convivir entre seres humanos, el *emidosaurio* lamía cariñosamente a los mozalbetes y permitía que jugaran con su dentadura.

Al percatarse de la presencia del reptil, un astuto ladrón de santuarios se apropió la figurilla del **Niño Dios** [de oro macizo] y escapó sin ser visto. Desde lo alto, la procesión se percibía informe. Uno de los devotos advirtió el hurto y gritó:

-¡Se han llevado al **Hijo de Dios!**

Palo de Horqueta -quien se desplazaba cerca del santuario- fue señalado como el culpable por las roñosas mujeres que habían organizado la procesión, y que afirmaban haberlo visto tragándose el fetiche. No valió que intercedieran en su favor los conmovidos mocosos: una manipulada turba de fanáticos religiosos lo apaleó sin piedad para luego lapidarlo. Seguido a lo cual, con un machete, le hicieron una incisión en el vientre. Infructuosamente, le hurgaron las vísceras.



[XXV]

Uno de los gemelos que parió **Dalila** fue hembra y -según consta en el archivo de la morgue *mesetaltiana*- murió a puñetazos momentos antes que se produjera el alumbramiento. **Temístocles** -que después procrearía a la madre de **Federico**- era el *bebecida* y sobreviviente.

Pero: ¿qué importancia tenía esa macabra historia? **Federico Flavios** acababa de casarse, se había residenciado firmemente en *Meseta Alta* y su esposa **Ninoska Verdugos** estaba embarazada. Asimismo, cuando vinieron **Montalva** y **Bioy Cepeda**, invitados especiales a la boda, recibió un millón de *próceres impresos* norteamericanos de manos de su amigo y editor. **Luis** invirtió su fortuna en la firma de un contrato para la publicación de *El Falo de Dios*, que **Favios** todavía escribía. Ciertamente: ningún otro asunto revestía mayor importancia por cuanto la trama

novelesca develaría la **Causa Primera** de las *aberraciones del mundo*.

En un lapso diez años, **Montalva** recibiría los originales del libro. En caso de incumplir lo pautado en el contrato, **Flavios** devolvería el millón, con sus respectivos intereses, y cinco adicionales por los perjuicios que le hubiere ocasionado a la empresa editorial. Ello fue - tres lustros posteriores- motivo de discordias en los aparentemente inseparables amigos

Gracias al pasante **Esequiel La Papo** -más tarde devenido en un magnífico profesional de las especialidades de *Obstetricia, Ginecología* y *Malformaciones Congénitas* en la *Clínica Ethos* [probablemente la mejor de *Meseta Alta*]- **Ninoska** experimentó un embarazo sin trastornos. Con una dieta en base a frutas y vegetales, la doctora **Verdugos** vio transcurrir sosegadamente los nueve meses.

La *Republica de Pathos* se volvió una nación económicamente pujante y tuvo resonancia

mundial por sus destacados escritores y científicos. Y, entre los libros más comentados y leídos en muchos países, *La Logia* -de **Federico Flavios**- mantenía incólume su vigencia y aumentaba progresivamente su demanda. Inclusive, el más autorizado y reputado de los críticos norteamericanos del diario *The New York Times* dijo que *La Logia* encabezaba la lista de las novelas más sorprendentes y descarnadas de este siglo: y, hasta la calificó como la más notable de los últimos cincuenta años.



[XXVI]

Para quien se guarnece en la tesis según la cual no hay una *Causa Primera* que rija cuanto somos, palpamos, sentimos y experimentamos, el nacimiento de **Priscila** no sería un suceso digno de buscar un palco. Empero, si sólo viniésemos al mundo a morir y acumular ignorancia, seríamos lo suficientemente importantes y merecedores de ovación.

Menuda y hermosa, **Priscila Flavios Verdugos** surgía. Era una criatura sin una *causa consciente*, una mujer en decurso, la futura dama sin cuyos dones divinos nunca habría formulado la admonición de **Dios**.

-¡Preciosa niña! -feliz, exclamó **Esequiel La Papo**-. Tómala en tus brazos...

Emocionada, **Ninoska** lloró al verla. Parcialmente cubierta con un pañal blanco de

tela, **Priscila** lucía una abundante cabellera y límpida piel. Buscó los senos de su madre y chupó.

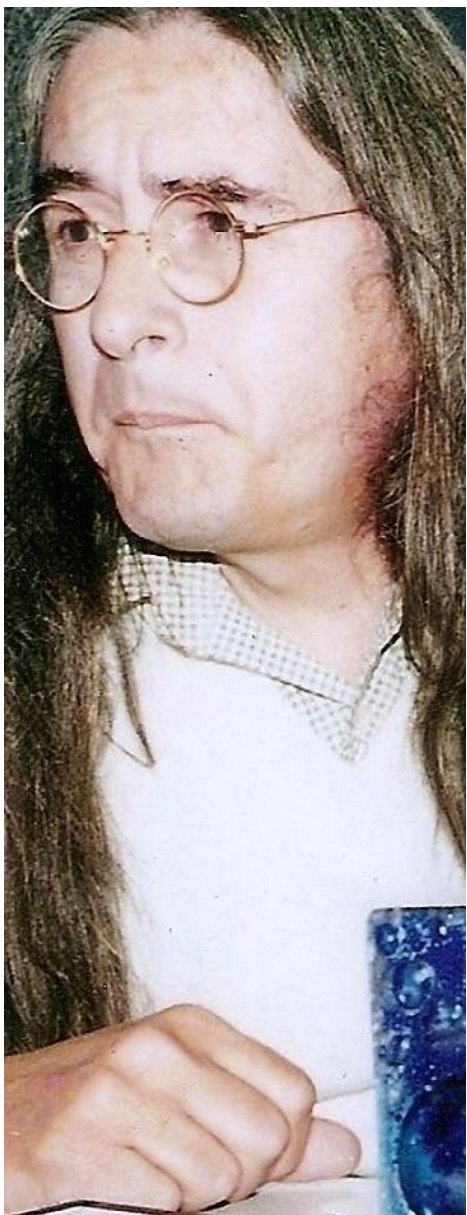
Algunas perdices entraron al recinto donde estaba reclusa y -en formación militar- se posaron en el vértice de la cama. Una de las aves emitió un rarísimo canto. Luego emprendió vuelo. Desde los cielos de *Meseta Alta*, parecía notificar la irrupción de **Priscila** al resto de los animales.

Perros, gatos, murciélagos, gallinas, iguanas, lechuzas, todos... Se acercaron -de prisa- a la *Clínica Ethos*. **Priscila** había nacido y estaban cercanos los años del advenimiento de **Imbécil**. En la *Esquina del Vidente*, **Fisgón** escribía:

«LA MADRE DEL DEMIURGO

*Ha llegado al Mundo de la Luz
La mujer que madre será
Del niño a quien Dios confió*

*En la Recámara Expansiva:
La Causa Primera del hurto,
El Crimen, sodomia, discordia,
Miseria y la incoerción circular.
Maldito será el fruto
Que tu vientre engendrará.
Mal aventurados serán los moradores
Y adoradores del santuario
Del falso **Mesías...**»*



[XXVII]

En *Meseta Alta* se afirmaba que **Fisgón** [el único parapsicólogo merecedor de crédito tanto entre los campesinos como los pobladores urbanos] vino al mundo mediante una semilla. Cuando en *Pathos* prosperó la tala de los bosques, promovida por los industriales de la madera, un obrero encontró en una corteza de pino un pedazo de *vidriorreflejo*. Su forma era similar a una semilla de níspero, pero, más voluminosa. Rápidamente, sus colegas lo lisonjearon en pantomima descarada para arrebatarse lo que creyeron un magnífico diamante.

El capataz de la compañía de taladores se acercó y -circunspecto- musitó:

-Confiscaré la piedra.

Enardecidos, los taladores intentaron oponerse. No tardó el capataz en blandir [*optar por*] el látigo. Su habilidad para fustigar pudo más que la impetuosidad de los fornidos. Con violencia, abrió surcos a tres sórdidos rostros. Los demás se acobardaron porque el jefe también portaba un arma automática de repetición.

-Son unos desobedientes -enfilándose frente a ellos, reprochó el mandón.

Apenas terminó la frase, se presentó el titular de las concesiones y buscó enterarse de lo ocurrido:

-¿Cuál demonio los ha poseído -ronco, preguntó el tipejo.

-Uno de los trabajadores halló una piedra y, exceptuándome, todos opinan que es un diamante -informó el capataz-. Han reñido conmigo, porque decidí confiscarla y lanzarla al fango: allá hay un pozo...

El jefeatual señaló un charco de arena movediza. El Presidente [titular de las concesiones] de la compañía asintió con la cabeza. Encendió un tabaco y vociferó:

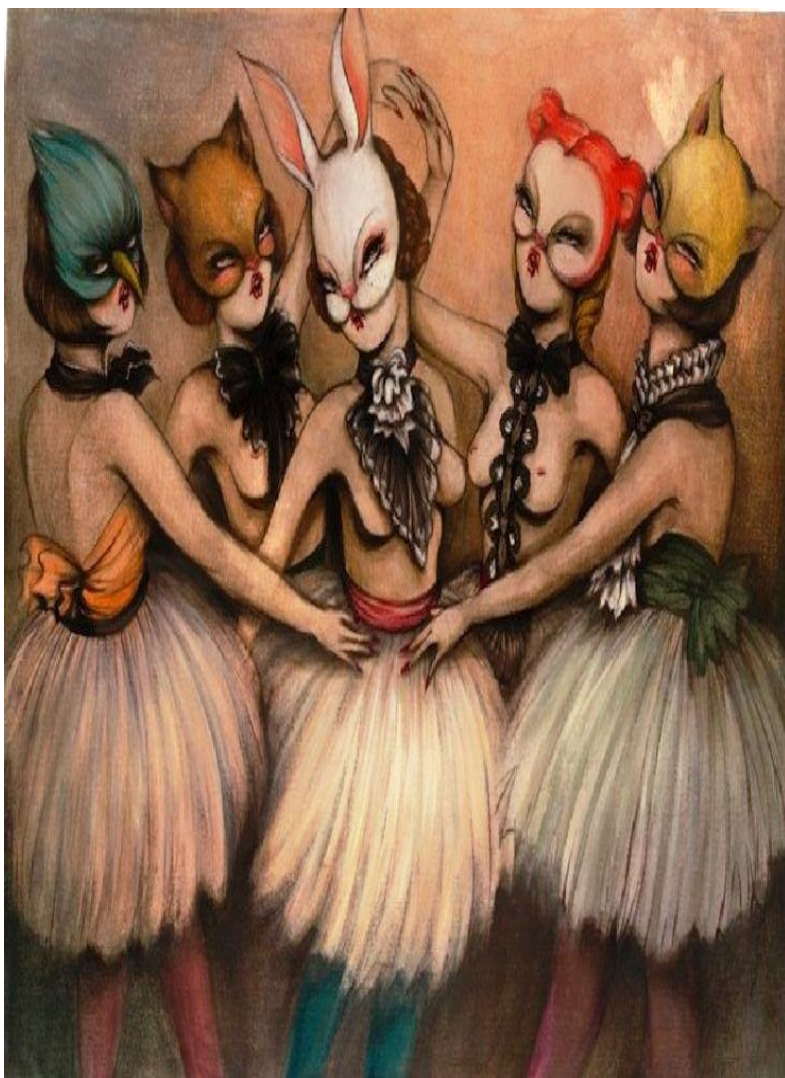
-Tienes razón al quitarles la piedra. Estos son unos individuos *byronianos*: aventureros, trágicos, ilusos e incapaces de elucubrar positivamente. No puede un árbol de poda engendrar un diamante.

-Entiendo, señor -aprobó su interlocutor y subalterno.

-Dame la pieza.

El presuntuoso hombre sacó de su bolsillo una fonda y la cargó con el objeto. Segundos después, lo disparó acertadamente hacia el pozo...

Refunfuñando, los obreros retornaron a sus actividades. El capataz prendió un tabaco y fumó. Mientras los taladores fulminaban al tiempo con hachazos, la *semilla* se hundía lentamente en el barro.



Obra de Miss VAN

[XXVIII]

De las entrañas del pozo emergió un hombre viejo, ciego y cuyas pupilas eran dos redondos espejos. No hablaba e, irguiéndose sobre la arena movediza, caminó hacia donde una *mesetaltiana* cosechaba zanahorias.

-¡Mujer, desnúdate! -severamente, le ordenó.

La robusta campesina no podía explicarse cómo aquél anciano lograba mirar a través de los espejitos. Tenía numerosas arrugas y su cuerpo parecía el caparazón de un molusco. Retrocedió y enfrentó al desgraciado con su machete:

-¿Qué te sucede?

-¡Desnúdate! -insistió el viejo, en tono autoritario.

La ordinaria mujer rehusó y le asestó un machetazo a **Fisgón** que, sin esfuerzo,

esquivó y la apretujó contra su pecho. El infando no exhibía ropas; pero, sí un falo puntiagudo e impertinente.

Hubo un ligero forcejeo. Luego, filetes de falda y pantaleta caían al piso. Ella [de aproximadamente cuarenta años] se desplomó semi desnuda encima de un bulto de zanahorias. En forma grotesca adherido al cuerpo de la fémina, el *persuapsíquico* meneaba la cintura.

-¡Déjame, por favor: déjame! -le suplicaba la señora.

El jadeo de **Fisgón** era análogo al de un perro. La *falotrada* lo mortificaba con rasguños y cabezazos.

-Cálmate -le susurraba el bastardo al oído-. Es menester que engendres a **Hs**, mi hijo, a quien legaré mis conocimientos.

Cuando la señora comprobó que el atacante no abría la boca para hablarle [es decir: cuando se percató de su poder de *transmisión telepática*], aflojó sus músculos y el falo del clarividente se introdujo en su vagina con facilidad.

-Fornicación se llama la Causa Primera del Uníverso y **Fornicación** cuanto lo destruirá -sentenció **Fisgón** al eyacular-. *Pródigo aquél por cuyo furor Hs resucitará para ascender al cielo. E, impía la mujer que niegue aposento entre sus piernas al miembro del vidente.*

Ante el discurso del violador, la campesina relajó sus esfínteres y defecó. Salpicado de excrementos, el parapsicólogo se levantó y musitó: -

-No lo pierdas. Abona la tierra de los sembradíos con el fruto de tu glorificado cuerpo.

-Maestro: estoy avergonzada -confesó la dama y se tapó la cara con las manos-. Fue Ud. tan encantador, tan diestro; yo, en cambio, fui la aguafiestas.

Una vaca se aproximó a ellos y olfateó a **Fisgón**. Por primera vez en su vida, el animal vio cómo era su nariz [los espejitos del parapsicólogo habían reflejado su imagen] Su hocico producía sonidos indescifrables. La mujer se incorporó:

-La he domesticado -advirtió acomodándose el cabello-. Puede Ud. emplearla a su antojo. Obedece sin reparos. ¿Se irá, maestro...?

-Esta vaca me transportará hasta el centro de la ciudad -dijo **Fisgón**-. Allá arrendaré una casa.

[XXIX]

-Oye, **Tomás**, ¿eres tú? -inquirió **Montalva** mediante su inalámbrico *audiofonovocal*.

Bioy Cepeda se echó hacia atrás y la flexible butaca le respondió perfectamente. Sostenía su teléfono celular con la mano derecha.

-No te equivocas, lunfardo -respondió al fin.

-Urgentemente, necesito hablarte.

-Hazlo. Te escucho...

-Será en privado. Estoy en mi despacho y hay personas en derredor.

-Si te place, nos veremos esta noche: en el *Inebriated Bar*, a la hora propicia.

-Único sitio donde podemos decidir asuntos de trascendencia.

Intranquilo, **Tomás** salió de la Sala de Redacción de; *Diario La Capital*. Sus periodistas lo siguieron hacia la calle para

recibir, de prisa e irregularmente, algunas *pautas*.

-Tendrán que entrevistar al *Ministro de la Hacienda Pública*, al *Presidente del Banco Central* y al *Ministro de las Concesiones* - estableció **Bioy Cepeda** el plan de trabajo y abordó su deportivo **Ford**.

La ciudad estaba suprahabitada. Los edificios se erguían cual soberanos sobre los transeúntes que, furtivos, se perdían por las calles y avenidas. A los extremos de la *Autopista Múltiple*, las plántulas ornamentales lucían secas: derruidas por el verano y los escupitajos de los conductores.

No había pájaros, riachuelos, ni seres humanos: era la metrópolis de los *espectros*, de aquellos para quienes vivir consiste en respirar bajo toque de contaminación. Una carretera se elevaba encima de otra que, a su vez, permitía un techo de pavimento igual transitable. Los postes de alumbrado

acumulaban señales para peatones y *máquinas de rodamiento*. Los gatos se [¿suicidaban?] ahorcaban con los cables telefónicos y de corriente alterna. Los perros realengos escarbaban en los depósitos de basura.

-Esta ciudad hiede -pensó mientras conducía.

En su residencia, su esposa y sus dos hijos lo esperaban felices. Ella jugaba cartas con una amiga y los mocosos se divertían golpeando las paredes con martillos. La mascota -un perro pastor alemán de un metro de alto- hurgaba en los estantes de la cocina.

No quiso almorzar y fue a dormir. Le pidió a su compañera que lo despertase a las dieciocho horas. Se sentía agotado [y agobiado] por los problemas del diario. Igual su angustia iba en aumento: le inquietaban los encuentros urgentes con **Luis**. No deseaba perder su prestigio a causa de las acciones de la *Trilogía de Logiaviesos*.

-Despierta, **Tomás** -le acarició la cabeza su esposa.

Sin pronunciar palabras, **Bioy Cepeda** se levantó y caminó hacia el cuarto de baño. Se duchó, se vistió un poco más pacato que de costumbre [corbata negra, camisa blanquísima, saco y pantalón azul oscuro] y abordó su vehículo.

Al arrancar, captó a sus hijos asomados por los [a martillazos] obstruidos postigos de su habitat. Por su parte, el perro pateaba los marcos de las ventanas y ladraba. En el umbral de la puerta principal, su cónyuge lo despedía junto a su amiga.

Entró al *Inebriated Bar* y oyó la música *mozartiana* que solía poner el gerente. Al fondo, en una mesa para dos, **Montalva** bebía una cerveza. Desde ese confin, **Luis** percibía borrosamente a su secuaz. Parsimonioso, **Tomás** se acercaba.

-Siéntate -impaciente, pugnó el editor.
-¡Estás sobresaltado! -exclamó **Bioy Cepeda**.

Montalva ejecutó un [casi] disimulado movimiento con su mano izquierda y pronto apareció un mozo con otra cerveza:

-Esa es tuya -parafraseó sin apartar su incisiva mirada de las orejas de **Tomás**.

-Habla sin rodeos -exigió su interlocutor.

-Inimaginados sobrevivientes de *La Logia* me persiguen y hostigan. Sedientos de *aberraciones*, quieren que tú y yo regresemos a las violaciones y los filmes.

-Y **Federico**, ¿él no?

-*Los fanáticos sostienen que hizo revelaciones en su novela.*

-FIN-